

# Los efectos del dogmatismo

Claudio Katz<sup>1</sup>

## I Catastrofismo

### RESUMEN

El dogmatismo ha decaído en la izquierda pero persiste en algunas corrientes de la ortodoxia trotskista. Reivindican el catastrofismo, sin registrar el contenido puramente valorativo que hacen de esa noción. Simplifican la crisis identificándola con la explosión y extrapolan las peculiaridades de la entre-guerra a cualquier situación. Asocian la tesis del derrumbe con la revolución, olvidando que fue la doctrina oficial de la social-democracia y del stalinismo. Postulan una visión estancacionista que sustituye el análisis concreto del capitalismo contemporáneo por denuncias obvias de su carácter destructivo.

La rígida contraposición catastrofista entre progreso del siglo XIX y decadencia posterior embellece los padecimientos del pasado y supone que desde 1914 no ocurrió nada relevante. Esta simplificación ignora la perdurabilidad de las reglas del capitalismo y desconoce la importancia de las conquistas de post-guerra que atropellada el neoliberalismo. Por otra parte, la presentación de una "crisis mundial" sin localización, ni temporalidad contradice el carácter necesariamente episódico de esas disrupciones.

Los catastrofistas no explican los mecanismos de la crisis. Mencionan la pauperización absoluta, sin notar que la reproducción del capital exige la expansión del consumo y que la conversión de asalariados en mendigos imposibilitaría el socialismo. Se encandilan con la hipertrofia de las finanzas, olvidando que la interpretación marxista jerarquiza la gravitación de la explotación en la esfera productiva. Realzan la sobreproducción sin definir sus causas y hablan de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia, desconociendo que esa disminución opera a través de ciclos periódicos. Presentan, además, una visión naturalista de las leyes del capital, que recuerda el viejo objetivismo positivista e ignora la especificidad de las ciencias sociales.

El catastrofismo es cuestionado por una vertiente moderada que comparte muchas conclusiones del dogmatismo. Esa visión postula una teoría del capitalismo decadente, que atribuye solo a esta etapa contradicciones que son propias de cualquier período. Buscan un punto intermedio entre la aceptación y el rechazo de la teoría del colapso que les impide avanzar en la comprensión del capitalismo actual.

Los catastrofistas establecen una relación directa entre el derrumbe y la revolución social, desvalorizando la importancia de las condiciones propicias o adversas para esta acción. Su enfoque torna superfluas las tácticas y las estrategias socialistas. Ignoran, además, la llamativa autonomía del colapso económico que demostraron las victorias socialistas del siglo XX.

Los catastrofistas presentan escenarios políticos apocalípticos al aplicar indiscriminadamente categorías de la revolución, que fueron concebidas para situaciones muy específicas. Su expectativa en revoluciones inminentes precipitadas por catástrofes financieras es incompatible con el reconocimiento de las reformas sociales.

Los dogmáticos participan en la obtención de estos logros pero descalifican la posibilidad de sostenerlos, al estimar erróneamente que la era de esos avances está cerrada. Esta contradicción conduce a un divorcio entre discursos de derrumbe y prácticas sindical-reivindicativas.

## **I. CATASTROFISMO**

El dogmatismo es una deformación de la acción política que se manifiesta en la izquierda en repeticiones de fórmulas y calcos de modelos. El endiosamiento de la Unión Soviética y la copia de la experiencia china, vietnamita o cubana fueron los principales dogmas del siglo XX. Estas modalidades han desaparecido, pero el doctrinarismo perdura entre algunas corrientes trotskistas que construyeron su identidad en la disputa con el oficialismo comunista.

Las tesis de dos autores pertenecientes a una misma organización política --Pablo Rieznik y Luís Oviedo del Partido Obrero de Argentina- ilustran esta permanencia del dogmatismo, en caracterizaciones, posturas y estrategias. Su punto de partida es la defensa del catastrofismo como "alma del marxismo" y esencia de la revolución.

Reivindican explícitamente un término que habitualmente es identificado con la exageración o falta de seriedad. Ilustran su visión del capitalismo contemporáneo con numerosos ejemplos de quiebras industriales, bancarrotas financieras, gastos bélicos y desequilibrios fiscales. Atribuyen estos temblores al predominio del capital financiero sobre la inversión industrial y a la pauperización absoluta. Presentan esta visión como el fundamento insoslayable

de un programa revolucionario y cuestionan duramente a los “desmoralizados vacilantes”, que no compartimos esa interpretación<sup>2</sup>.

## **EL SIGNIFICADO DEL DERRUMBE**

Los dogmáticos presentan muchos datos pero pocas justificaciones conceptuales de su reivindicación del catastrofismo. Le asignan a esta noción un contenido puramente valorativo y lo utilizan para describir las nefastas las consecuencias del capitalismo. Esta denuncia es muy acertada, pero no tiene sentido elaborar teorías sobre el “capitalismo espantoso, terrible o truculento”.

Los doctrinarios exhiben abundantes citas de Marx que invocan autoridad, pero no sustituyen su falta de razonamientos. Introducen, además, un arma de doble filo, ya que del mismo autor se pueden extraer también elogios al capitalismo (por ejemplo en el Manifiesto Comunista), que no lo convierten en un apologista de la ganancia. Marx legó una teoría del funcionamiento y de la crisis de ese sistema, pero no de su catástrofe. Analizó las contradicciones que empujan periódicamente al capitalismo a severas depresiones y destacó que la irresolución de estos desplomes- en términos socialistas- genera nuevos ciclos de acumulación. Como estos ascensos preparan a su vez crisis más intensas, promovió la erradicación de este régimen, sin imaginar nunca el estallido final que sugieren los catastrofistas.

Marx explicó como las tendencias más explosivas del capitalismo estaban morigeradas por la acción de fuerzas opuestas (contratendencias) y distinguió el análisis puramente conceptual de este conflicto (tomo I de “El Capital”) de sus manifestaciones concretas (tomo III). Dado que los catastrofistas extraen frases del primer texto tienden a moverse en un terreno de contradicciones genéricas.

La percepción de una catástrofe se insinuó ya en las últimas crisis del siglo XIX, pero se tornó corriente durante la depresión del 30 y la entre-guerra. Por eso el término derrumbe fue adoptado por los socialistas revolucionarios de esa época. Algunos historiadores han

utilizado el mismo concepto para caracterizar el período 1915-45 como una “era de las catástrofes”, diferenciada de la fase de previa de “optimismo” y de la “edad de oro” posterior<sup>3</sup>.

Esta clasificación resalta el sentido temporal de la noción en debate, al referirla a un período acotado. En cambio los catastrofistas extienden ilimitadamente su vigencia, como si la historia se hubiera detenido luego de la Primera Guerra mundial. Diluyen el sentido de esa etapa de colapso al ensanchar su duración. Repiten una deformación que afecta al concepto de crisis y que tiende a transformar lo excepcional en cotidiano. Nociones surgidas para explicar lo anormal quedan identificadas con lo habitual y pierden toda utilidad. Si la catástrofe gobierna al planeta en forma invariable desde hace 90 años, resulta imposible distinguir en qué se diferencia de una situación corriente.

Este vaciamiento del concepto contrasta con el significado preciso que presentaba a principio del siglo XX. En ese período, el teórico revisionista alemán Bernstein rechazó la asociación de la teoría marxista con alguna forma de derrumbe económico. Argumentó que la expansión de la clase media y la atenuación de los ciclos morigeraban los traumas del capitalismo, convirtiendo al ideal de justicia en la única justificación del proyecto socialista. Los dogmáticos estiman que cualquier crítica a su catastrofismo equivale a reproducir ese enfoque y recuerdan que esa discusión determinó la división entre revolucionarios y reformistas<sup>4</sup>.

Pero la acusación choca un severo escollo: el principal oponente de Bernstein fue Kaustky, otro social-demócrata que siguió el camino pro-capitalista inaugurado por su adversario. Se consideraba ortodoxo y recurrió al mismo arsenal de citas que actualmente utilizan los dogmáticos. Argumentó que el derrumbe era inevitable, pero postuló su regulación a través de la acción estatal. Esta postura demuestra que la afinidad con el catastrofismo no otorga patente de revolucionario.

La teoría del derrumbe se mantuvo como doctrina oficial de la II Internacional, a pesar del giro gradualista de esa organización. Algunos teóricos como Cunow desarrollaron incluso una concepción totalmente evolucionista, sin renegar de la tesis del derrumbe. Esta compatibilidad quedó posteriormente confirmada

con la incorporación de la teoría del colapso al programa oficial del stalinismo, bajo la inspiración del economista Yevgueni Varga.

Esa concepción fue adaptada a las necesidades políticas del momento y en función de estos compromisos, el desmoronamiento del capitalismo podía ser ubicado en un punto próximo o lejano. Este multiuso del catastrofismo persiste hasta la actualidad. Como es una teoría abstracta e inconsistente puede ser acomodada a cualquier requerimiento.

## **EL ENIGMA DE LAS FUERZAS PRODUCTIVAS**

La justificación catastrofista tradicional se apoyaba en una caracterización de estancamiento estructural del capitalismo, que expuso Trotsky a fines de los años 30. El dirigente de los soviets estimaba categóricamente que las fuerzas productivas “habían cesado de crecer”. Este diagnóstico no es actualmente explicitado por sus dogmáticos sucesores. Resaltan la “destrucción” o el “bloqueo” de estos recursos, sin definir si el concepto original perdió o no validez<sup>5</sup>.

Esta confusión es importante porque tanto el bloqueo de las fuerzas productivas como su conversión en instrumentos destructivos forman parte de la naturaleza intrínseca de un sistema, basado en la explotación, la concurrencia y el beneficio. En cambio la tercera noción de freno alude a una coyuntura específica de depresión y no al funcionamiento corriente del capitalismo.

Trotsky diagnosticó esa parálisis en el clima legado por el crack del 29 y en las vísperas de la segunda guerra. Cometió el error de presentar ese dato como un rasgo incorporado a la lógica del capitalismo, en contradicción con su postura distante del catastrofismo. La tesis que elaboró en torno al desarrollo desigual y combinado presupone el funcionamiento dinámico del sistema, ya que observa la mixtura de modernidad y atraso en los países periféricos como resultado de una intensa competencia internacional por el beneficio. Esa coexistencia emerge porque la acumulación sucede periódicamente al estancamiento, en un

marco de fluida integración de las economías dependientes al mercado mundial.

También el análisis que presentó Trotsky de la internacionalización creciente del capitalismo se apoyaba en un reconocimiento del dinamismo de este sistema. Su específica interpretación de las curvas del desarrollo de largo plazo -resultantes del desenlace de grandes guerras y revoluciones- es particularmente incompatible con cualquier esquema estancacionista.

Pero las observaciones sobre la parálisis de las fuerzas productivas que expuso sobre el final de su vida fueron transformadas en un estandarte del catastrofismo. Esta interpretación fue desarrollada en 1960-70 por los teóricos trotskistas ortodoxos afines a la corriente de Pierre Lambert, en oposición a las acertadas críticas que formuló Ernest Mandel<sup>6</sup>.

Los defensores del catastrofismo presentaban el freno de las fuerzas productivas como un dato invariable desde 1914. Omitían que la destrucción y desvalorización de esos recursos -como resultado de la depresión y las guerras- había recreado su expansión cíclica, junto a la recomposición de la tasa de ganancia y la ampliación de los mercados. Como todos los indicadores desmentían las tesis estancacionistas modificaron el significado del concepto fuerzas productivas. En lugar de expresar niveles de productividad, PBI, tecnología o consumo, esa noción quedó identificada con el "desarrollo del hombre". De esta forma desplazaron hacia campo filosófico el tratamiento de un tema nítidamente económico<sup>7</sup>.

Pero con este equivocado planteo intentaron al menos nutrir de algún fundamento, a la tesis que los dogmáticos actuales simplemente enuncian. Los catastrofistas del siglo XXI omiten cualquier referencia a ese argumento, dando a entender que nadie ha opinando sobre el tema desde 1940. Esta alergia a cualquier reflexión impide entender en qué se apoya su enfoque. Por un lado se resisten a reconocer que en los períodos de reactivación las fuerzas productivas se expanden, pero por otra parte tampoco reivindican la caracterización humanista de estos recursos como un parámetro de realización del individuo. No aceptan el curso fluctuante que adopta la evolución de las fuerzas productivas en

función del ciclo económico y se limitan a ilustrar lo obvio: el carácter nefasto del capitalismo en cualquier terreno. Qué relación guarda esta conclusión con el augurio de catástrofe es una incógnita sin respuesta.

## ¿SOLO DOS ÉPOCAS?

Los dogmáticos recurren a vagas descripciones sobre el “progreso y la decadencia” del capitalismo, para eludir evaluaciones concretas del ascenso y caída de las fuerzas productivas. Contraponen la era de pujanza del siglo XIX con una etapa de regresión iniciada en 1914. Estiman que esa fecha marcó una divisoria de aguas que perdura hasta la actualidad, sin explicar como descubren esa misma decadencia en los textos previos de Marx<sup>8</sup>.

El contraste entre dos períodos históricos retoma una idea que postularon muchos marxistas de entre-guerra ¿Pero en la centuria posterior no ocurrió nada trascendente? ¿El capitalismo se mantuvo intacto desde esa fecha? El dogmático solo observa una “profundización de las tendencias de la época”. No registra que este clásico contrapunto histórico solo tiene validez relativa. Indica acertadamente que las guerras, los genocidios, la explotación y la destrucción del medio ambiente se han multiplicado y que el capitalismo ha perdido capacidad espontánea de acumulación. El sistema necesita recurrir al creciente auxilio estatal para asegurar la continuidad de su reproducción. Pero ninguna de estas modificaciones elimina su sustento objetivo en la competencia por la ganancia, que se dirige en crecimiento, innovación y ampliación de los mercados.

Esta regla explica la continuidad de las crisis periódicas. Si el capitalismo pudiera frenar sus tendencias expansivas, también habría podido regular las reactivaciones, atemperando la sobreproducción. Esta imposibilidad diferencia a este régimen social de otros modos de producción –como el feudalismo o el esclavismo– que efectivamente padecieron estancamientos de largo plazo.

El contraste simplificado entre un período floreciente y otro decadente del capitalismo pierde de vista los rasgos del sistema, que han sido comunes a todas sus etapas. Al enfatizar esa separación se olvida que las reglas de funcionamiento expuestas por Marx perduran hasta la actualidad. En lugar de analizar estas normas, el dogmático recurre a una impugnación moral del presente, que embellece el pasado librecambista. La imagen del siglo XIX como un período floreciente olvida los terribles padecimientos populares de ese período. Es absurdo afirmar que los tormentos de un asalariado en la actualidad son superiores a los padecidos por sus antecesores.

El contraste entre una época de reformas sociales (1880- 1914) y otra de atropellos capitalistas (1914-1940) fue inicialmente establecida para distinguir la expansión de la social-democracia del ascenso del fascismo. Como el dogmático supone que el mundo quedó congelado luego de esas dos experiencias, no percibe que otra secuencia de avances sociales se registró durante el estado de bienestar (1950-70) y otra escalada de atropellos patronales se ha consumado desde el ascenso del neoliberalismo (1980-90).

Esta reiteración confirma que el capitalismo continúa incluyendo etapas de preeminencia de las mejoras populares y de las agresiones burguesas. Quiénes desconocen esta fluctuación - porque han decretado que en el "capitalismo decadente ya no hay reformas sociales"- no pueden reconocer el alcance de las conquistas sociales de post-guerra, ni comprender la reacción thatcherista posterior. Suponen que el capitalismo arremete sin pausa desde hace 90 años contra logros obtenidos a fines del siglo XIX.

Los catastrofistas demuestran poco interés por estudiar la dinámica del capitalismo contemporáneo, porque tienden a atribuir más relevancia a la esfera político-militar del sistema que a sus fundamentos económicos. Presentan descripciones que diluyen la lógica objetiva del capital y que contradicen sus propios augurios de catástrofe. Pero lo más común es la identificación de la decadencia con una "crisis mundial", que observan en todas las esferas del capitalismo<sup>9</sup>.



Esta imagen de disfunción permanente, sin fecha de inicio, puntos de agravamiento o momentos de distensión resulta particularmente indescifrable. Realza las tensiones contemporáneas, olvidando que la armonía nunca rigió la existencia del género humano. La crisis es siempre un momento de disrupción y nunca una fase perdurable. No puede constituir una "categoría del capitalismo en descomposición", porque solo existe en función de su par simétrico que es la estabilidad. Los catastrofistas dan rienda suelta a su imaginación para encontrar algún sostén conceptual de sus afirmaciones. En esta búsqueda, la invención nunca empalma con el rigor.

## **LOS MECANISMOS DE LA CRISIS**

Todos los marxistas de entre-guerra sabían que el derrumbe es un concepto insuficiente para comprender la crisis capitalista. No permite ir más allá de la enunciación básica de las tensiones del sistema. Permite conocer las contradicciones que oponen a las fuerzas productivas con las relaciones de producción o al valor de uso con el valor de cambio, pero estas generalidades no aclaran los mecanismos de la crisis, que cada teórico atribuyó a fuerzas diferentes.

Kaustky priorizaba la pauperización absoluta, Lenin la supremacía del capital financiero, Luxemburg el subconsumo y Grossman la tendencia decreciente de la tasa de ganancia. Los catastrofistas contemporáneos parten de cero e ignoran esta montaña de trabajos. En lugar de analizar el derrumbe con alguna opinión sobre estos debates, recurren a simples datos periodísticos para ilustrar la miseria creciente o el parasitismo de las finanzas. Como eluden cualquier reflexión teórica, tampoco aclaran cuáles son los vínculos que relacionan entre sí a los distintos procesos que retratan.

Su identificación del capitalismo decadente con la pauperización absoluta ha sido reiteradamente refutada. No solo la teoría del salario de Marx es explícitamente opuesta a esta tesis, sino que además existen sobradas evidencias empíricas contra esa asociación. La polarización total entre riqueza y pobreza degrada

por completo a los desocupados o a los precarizados, pero no a la masa de los asalariados, cuya reproducción exige compensaciones del esfuerzo laboral creciente. La propia reproducción del capital requiere, además, una expansión significativa del consumo.

En los países centrales el salario no decae en términos absolutos en el largo plazo, aunque retroceda en comparación a las ganancias o al ingreso total. Únicamente sobre los informales recae el tipo de exclusión, que podría asemejarse a la miseria creciente. Este rasgo se verifica también en la acumulación primitiva que procesan las economías periféricas y en todos los picos de las grandes depresiones. Pero la reproducción corriente genera -junto a la desigualdad de los ingresos- formas solo relativas de pauperización. Si la miseria creciente fuera una tendencia dominante convertiría a todos los asalariados en mendigos, imposibilitando el socialismo. Este colapso conduciría a la disgregación de los trabajadores como sujetos de la transformación anticapitalista<sup>10</sup>.

El catastrofista no vierte ninguna opinión sobre este tema y tampoco explica cuáles son las conexiones que establece entre la supremacía de los bancos y el derrumbe. Solo enfatiza la existencia de una gran autonomía de las finanzas, propagando la imagen fantasmal del capitalismo, que suscriben todos los encandilados por el universo del dinero. Estas miradas pierden de vista el basamento productivo de la acumulación, que ha sido siempre subrayada por los marxistas para explicar como funciona el sistema, a partir de la expropiación de plusvalía. Esta centralidad explica porque rigen leyes del capital en el ámbito productivo y no en la esfera monetaria. La especulación financiera es un proceso derivado y dependiente del valor generado por los asalariados y apropiado por los patrones.

El catastrofista desconoce estos principios básicos porque está deslumbrado con los vaivenes de la Bolsa. Sigue con atención todas las transacciones con bonos, acciones o títulos públicos, olvidando que estas operaciones son regidas en última instancia por expectativas de ganancias asentadas en la explotación de la fuerza de trabajo. Su deslumbramiento por el corto plazo financiero es congruente con su búsqueda de explosiones, pero no

facilita ninguna comprensión de las contradicciones que caracterizan al capitalismo actual<sup>11</sup>.

En medio de un laberinto de tecnicismos financieros el catastrofista suele argumentar que la hipertrofia bancaria deriva de la “crisis de sobreproducción”. Supone que con una escueta afirmación y algunas cifras de excedentes invendibles han dejado establecida la conexión productiva, que le permite cumplir con el credo marxista. Pero una frase al pasar no zanja ningún problema. La sobreproducción es tan solo una expresión de cualquier tipo de crisis capitalista. No define la intensidad de esa turbulencia, ni ilustra los mecanismos de su expansión. El dogmático constata como la producción ha desbordado al consumo en tal o cual sector, pero no explica causas o alcances de esa desproporción y tampoco aclara su relación con el derrumbe<sup>12</sup>.

Finalmente los teóricos del colapso mencionan con grandilocuentes calificativos otro cimiento posible de su concepción: la tendencia decreciente de la tasa de ganancia<sup>13</sup>. Pero mantienen invariable su costumbre de ignorar medio de siglo de discusiones sobre el tema. En esos debates, varios autores intentaron correlacionar esa tendencia con un desemboque catastrófico.

Esa búsqueda incluyó definir en qué momento la continuidad de la acumulación quedaría imposibilitada, por extracciones de plusvalía menores a las requeridas para asegurar la reproducción del capital. Estos ensayos fallaron lógicamente y chocaron con evidencias de funcionamiento cíclico de la acumulación. El capitalismo no se degrada en picada hacia un desmoronamiento final, sino que subsiste a través de espirales de crecimiento y crisis convulsivas<sup>14</sup>. El dogmático no aprueba estas tesis en debate, ni rechaza las críticas. Simplemente se abstiene de opinar.

## **FATALISMO Y NATURALISMO**

Los catastrofistas no aportan ninguna idea frente a controversias de varias décadas, en torno a la pauperización, las finanzas, la sobreproducción y la tendencia decreciente de la tasa de ganancia. Sustituyen esta contribución por una catarata de calificativos, que

le asignan al propio término de catástrofe infinitos significados. Utilizan esta palabra como sinónimo de recesión, sobre-inversión o burbuja financiera, como si fueran conceptos equivalentes<sup>15</sup>. Consideran que el significado de cada término tiene tan poca importancia como la preeminencia de una reactivación sobre la depresión. ¿Para qué detenerse en estas minucias, si todo puede resumirse en la sencilla enunciación de un colapso?

El uso de alguna categoría que permita evaluar etapas o coyunturas del sistema, le parece al dogmático propia de un reformista que actúa como "agrimensor del capital"<sup>16</sup>. Pero olvida que ese tipo de mediciones son indispensables para comprender el funcionamiento y la crisis del capitalismo. En todo caso, de esas estimaciones siempre pueden surgir hipótesis más incitante que el simple gusto por el oscurantismo.

La discusión que suscitó la teoría del derrumbe durante la entreguerra no se redujo a temas económicos. Incluyó también un aspecto metodológico que cortó en forma transversal a todos los participantes de ese debate. Al definir el curso del capitalismo (teoría de la crisis) y su proyección política (reforma o revolución), varios autores expusieron su visión sobre la conexión entre los procesos objetivos y subjetivos que caracterizarían a una transformación anticapitalista.

Kaustky interpretaba este curso como un sendero inexorable, en gran medida independiente de la acción humana. Equiparaba las leyes del capitalismo con las fuerzas de la naturaleza y entendía que ese impulso conducía por sí mismo al socialismo. En frontal oposición a ese enfoque, Luxemburg resaltó la gravitación de la subjetividad, el papel de la huelga de masas y la importancia de la espontaneidad en la acción popular. Asignó un papel decisivo a la intervención revolucionaria de los oprimidos, contra la expectativa en un devenir socialista resultante de la auto-disolución del capital.

El trasfondo de esta diferencia era la reivindicación o crítica del naturalismo positivista que prevalecía en todos los esquemas analíticos de la II Internacional. Al revisar este debate surgen inmediatamente preguntas sobre la ubicación de los catastrofistas contemporáneos. ¿Son más afines al universo fatalista de Kaustky

o están más próximos al determinismo histórico-social de Luxemburg?

Basta observar las caracterizaciones de los dogmáticos sobre la "naturaleza terminal del metabolismo capitalista" o sus pronósticos sobre la "marcha inevitable de la sociedad burguesa al desmoronamiento", para despejar cualquier duda sobre esta ubicación. Los catastrofistas actuales reproducen el enfoque objetivista de Kaustky, con una adición de elementos voluntaristas. Combinan el naturalismo de la vieja social-democracia con exaltaciones de la acción. El individuo es visto como una fuerza muy activa, pero solo en la materialización de un curso inexorable de la historia.

Los dogmáticos comparten la misma incapacidad positivista de su precursor, para distinguir las formas de la investigación que separan a las ciencias sociales de las ciencias naturales<sup>17</sup>. Desconocen que en el primer campo no existe una distancia cualitativa entre el sujeto y el objeto de análisis y que por esta razón el cientista social se encuentra directamente involucrado en las conclusiones que postula y en las recomendaciones que propone<sup>18</sup>. El dogmático ignora por completo esta diferencia.

## EXAGERADOS Y MODERADOS

El apego de los catastrofistas por la exageración es muy conocido. Suelen identificar las tensiones del capitalismo con la implosión del sistema y asemejan cualquier recesión, desplome bursátil o quiebra bancaria con un inminente colapso. En sus caracterizaciones de la "crisis mundial" tratan las tensiones económicas de Argentina y Noruega o Ecuador y Suiza, como si fueran equivalentes. Siempre pronostican la inminencia de una explosión, sin detenerse a explicar porque falló su previsión anterior. Han diagnosticado tantas veces semejanzas con la depresión del 30, que ya no se sabe de qué acontecimiento están hablando<sup>19</sup>.

Estos exabruptos han desatado la crítica de autores que comparten muchas conclusiones del dogmatismo. Estos analistas

rechazan la reivindicación del catastrofismo y ponen distancia con todos los excesos de una concepción, que no reúne requisitos mínimos de seriedad<sup>20</sup>. Estiman que el colapso coexiste con la estabilidad y retoman en parte la visión autocrítica de otro dirigente trotskista (Nahuel Moreno), que intentó sustituir el catastrofismo por una teoría del capitalismo decadente<sup>21</sup>.

Este enfoque se ubica en un punto intermedio. Reconoce la existencia de varios problemas, pero no encuentra la vía para resolverlos. Aunque percibe que el catastrofismo impide comprender la realidad, mantiene su fidelidad a los fundamentos de esta concepción. En los hechos, intenta erigir una teoría del capitalismo en declinación semejante a la postulada por los autores que cuestiona. Comparte el rígido criterio de división del capitalismo en dos épocas y avala todos los esquematismos que surgen de esa separación.

Los teóricos del capitalismo decadente suelen argumentar que en esta etapa se afianza la "incapacidad del sistema para resolver los problemas que ha generado su regresión"<sup>22</sup>. Pero es evidente que esta impotencia no es un dato novedoso del siglo XX, sino una contradicción generalizada de este modo de producción, en cualquiera de sus estadios. Este tipo de incapacidad se manifestaba especialmente en el pasado, en la incapacidad para atenuar el impacto de la competencia privada y se verifica en la actualidad, en la impotencia para contrarrestar los efectos de la intervención estatal.

Este enfoque busca también una opción intermedia en el plano teórico, entre el estancacionismo ortodoxo (Lambert) y su crítica (Mandel). Pero como ese lugar equidistante no existe, el resultado es una permanente indefinición frente a las grandes disyuntivas. Postulan un "ni" constante, ante cada problema significativo<sup>23</sup>.

Como temen deslizarse hacia un reformismo pecaminoso si cuestionan abiertamente las tesis del derrumbe, evitan tomar partido en todos los debates sobre los mecanismos de la crisis o la lógica del ciclo. Emiten un invariable mensaje a favor de "no exagerar" pero tampoco "capitular", sin notar que la economía es un terreno poco propio para tantas vacilaciones,

Esta indefinición les impide avanzar en su intento de la evaluación del capitalismo actual. En este terreno la consistencia de sus diagnósticos está socavada por la ausencia de nítidos criterios de análisis. Por un lado rechazan la imagen de crisis permanente que postula el catastrofismo, pero por otra parte tampoco aceptan las categorías de ciclos cortos, etapas cualitativamente diferenciadas, fases de crecimiento y depresión, que proponemos los críticos del dogmatismo.

Esta indefinición conduce al titubeo permanente. Las advertencias de cautela se suceden al momento de evaluar la coyuntura actual, con llamados a “no sobre-estimar” y no “subestimar” la crisis o la consistencia de la recuperación. Este punto medio constituye una ilusión. Sin adoptar una teoría marxista de la crisis resulta imposible avanzar en esa indagación<sup>24</sup>.

Esta indeterminación se refleja también en la suscripción de las acusaciones que propagan los teóricos del derrumbe<sup>25</sup>. Este aval confirma que no se puede ir muy lejos cuestionando formas y aceptando contenidos del catastrofismo.

### **“LA REVOLUCIÓN A LA VUELTA DE ESQUINA”**

En tanto concepción económica el catastrofismo no suscita gran interés. Pero en la medida que constituye un aspecto del dogmatismo tiene significativas consecuencias políticas. Los teóricos del derrumbe establecen una relación directa entre el colapso que siempre avizoran y la revolución social. Resaltan los vínculos inmediatos que ligan a ambos procesos y estiman que el abandono de la tesis del colapso equivale a desertar del socialismo.

Consideran que Marx siempre actuó suponiendo que la “revolución estaba a la vuelta de la esquina...y podía acontecer en el instante siguiente”. Estiman que aún “cuando estas expectativas no se cumplieron en los plazos del pronóstico original” legaron conclusiones “proféticas” para las generaciones posteriores. Subrayan que el catastrofismo permite preservar esta conducta contra las recurrentes caídas en la “desmoralización”<sup>26</sup>.

Pero es evidente que esta opinión incentiva más creencias que reflexiones. Solo convoca a preservar la fe en el estallido social que sucederá a la debacle. Aplicando este criterio, cualquier estrategia socialista parece superflua. Si alcanza con imaginar la proximidad de la revolución para actuar acertadamente: ¿Qué importancia tienen las condiciones de ascenso o de reflujo popular, las victorias o derrotas de la izquierda? ¿Para qué sirven las tácticas y políticas que guían la acción militante?

Marx razonaba de otra forma y por eso buscó ajustar su acción política al contexto que enfrentaba. Rechazó el putchismo de Blanqui y Bakunin que sustituían esa evaluación por el tipo de excitaciones que fascinan a los catastrofistas.

Los dogmáticos resaltan que la revolución se ha tornado inmediatamente factible, desde el momento que el capitalismo obstruye el desarrollo de las fuerzas productivas. Retoman esta idea de un conocido texto de Marx (Introducción a la crítica de la economía política). Suponen que un concepto de 1857 brinda suficiente sostén para anunciar la inminencia de la revolución en el 2007. Pero se olvidan del carácter genérico de esa observación, que el autor de "El Capital" formuló como indicación puramente abstracta. No incluía juicio alguno sobre la insurrección alemana de 1848, la lucha de los cartistas ingleses o las huelgas de los sindicalistas franceses. Solo aludía en términos analíticos a contradicciones objetivas del capitalismo, excluyendo cualquier consideración de la lucha de clases. Por esta razón menciona a la revolución como un proceso sin sujetos.

De ese señalamiento de Marx no surge ninguna relación conceptual, entre catástrofe y revolución. Extendiendo sus hábitos de la economía a la política, el dogmático no aporta ninguna demostración de sus afirmaciones.

La identidad que establece entre derrumbe e inminencia de la revolución choca, además, con la enorme autonomía que demostraron las victorias socialistas del siglo XX de cualquier colapso capitalista. La revolución rusa fue un resultado directo de la guerra y no de la depresión (que estalló posteriormente). Y otros hitos anticapitalistas se consumaron durante el comienzo (Yugoslavia, China) o la plenitud (Cuba, Vietnam) de la



prosperidad general de post-guerra. Pero el doctrinario no puede registrar esta independencia relativa porque le ha quitado significado concreto a todos los problemas que enuncia.

## **SIMPLIFICACIONES Y EXTRAPOLACIONES**

La revolución ha constituido en la última centuria un acontecimiento tan factible como excepcional. Nunca fue un dato cotidiano. Irrumpió en pocas oportunidades y no abarcó a todos los países. Cuando Lenin caracterizó su época como un "período de guerras y revoluciones" se refería estrictamente a la etapa que describía (1914-22). Los dogmáticos convirtieron esta caracterización en un diagnóstico aplicable a cualquier momento y lugar de los ochenta años subsiguientes. También en esta extrapolación, la fe ha reemplazado a la reflexión.

El dirigente bolchevique nunca concibió a la revolución como un encuentro diario "a la vuelta de la esquina". Introdujo muchas categorías para evaluar la posibilidad, factibilidad o proximidad de ese acontecimiento. Jamás atribuyó el estallido a un genérico bloqueo de las fuerzas productivas. Desarrolló numerosos conceptos sobre etapas, situaciones, crisis y coyunturas revolucionarias. El contraste entre este rigor y el verbalismo catastrofista salta a la vista. El líder de octubre no abrumaba a sus lectores con la presentación de escenarios explosivos, ni con invariables retratos de la "crisis de poder", cuyo significado es tan cristalino como la "crisis mundial"<sup>27</sup>.

Los dogmáticos estiman que todas las luchas parciales se desenvuelven en un marco de catástrofes y guerras, que desembocan en disyuntiva de poder. Dónde, cómo, cuándo y de qué forma se desarrolla este tipo de secuencias es un misterio. Pero como la revolución está esperando a la "vuelta de la esquina", simplemente basta con poner manos a la obra para asegurar el fin del capitalismo. Al catastrofista no le provoca gran inquietud que jamás haya podido materializar sus creencias. Solo le preocupa arremeter contra los "pasatistas desmoralizados", que cuestionan su diagnóstico de incendios sin calendario, ni localización.

Con la misma liviandad que registran colapsos de regímenes políticos en cualquier rincón del planeta, los dogmáticos resaltan la presencia de “situaciones revolucionarias”, a veces atemperadas con alguna sub-clasificación (“pre- revolucionaria”) o incluidas en “etapas” más genéricas pero del mismo signo.

En cualquier caso postulan que el estallido es más o menos inminente, sin tomar en cuenta el sentido que asignaban Lenin o Trotsky a todas las categorías vinculadas con la revolución. Inicialmente desarrollaron esos conceptos para resaltar la gravitación de la acción subjetiva contra el naturalismo fatalista de la II Internacional. Posteriormente adaptaron estas nociones al marco creado por la revolución rusa en el convulsivo contexto de entre-guerra. Siempre aludían a coyunturas específicas y no a decenios, ni geografías planetarias.

El abuso dogmático más común afecta a la noción de “situación revolucionaria”, que Lenin originalmente asoció a tres rasgos: crisis de las clases dominantes, agravamiento de la miseria de las masas e intensificación de la resistencia popular. Posteriormente sintetizó esta idea en la conocida fórmula de “los de abajo ya no quieren” y los de arriba ya no pueden” seguir viviendo como en el pasado. Estas caracterizaciones aludían a momentos nacionales concretos, tomaban en cuenta la correlación de las fuerzas y no pretendían ilustrar el estado general del capitalismo. Guardan muy poca afinidad con las generalizaciones doctrinarias sobre la impotencia de los dominadores y la insurgencia de los dominados.

También Trotsky le asignaba al concepto “situación revolucionaria” un alcance específico, referido al desenvolvimiento potencial de la crisis en ciertos países (Gran Bretaña en 1931) o al papel decisivo que podrían jugar los partidos proletarios en grandes confrontaciones (1940). Mantenía una cautela, que no han heredado sus ortodoxos seguidores a la hora de aplicar a ese concepto a variadas coyuntura.

Los dogmáticos transmiten un grado irritación verbal que contrasta con la moderación de caracterizaciones, que predominó entre los líderes que condujeron revoluciones en las últimas décadas. Los dirigentes chinos, vietnamitas o cubanos de estos triunfos no se excedieron en la evaluación de la coyuntura capitalista y

habitualmente evitaron las proclamas de colapso. Quizás por esta razón pudieron ajustar sus definiciones al curso de una lucha real. Por el contrario el catastrofismo conduce a un divorcio constante entre proclamas majestuosas y prácticas cautelosas.

## REFORMAS Y CONQUISTAS

Quién espera una revolución inminente precipitada por catástrofes financieras no debe lógicamente apostar mucho a la obtención de reformas sociales significativas. Es obvio que si el capitalismo afronta una agonía final, no está en condiciones de otorgar ese tipo de concesiones. Los catastrofistas no asumen esta consecuencia de su enfoque. Eluden el problema con frases ambiguas, que resaltan la creciente necesidad de logros mínimos, pero sin no aclarar si resulta posible obtenerlos<sup>28</sup>.

Interpretan que su amalgama de escenarios terminales y planteos mínimos constituye una aplicación del Programa de Transición que desarrolló Trotsky en 1938<sup>29</sup>. En ese texto el líder soviético buscaba establecer mediaciones entre las demandas mínimas, el nivel de conciencia de los oprimidos y el desenvolvimiento ininterrumpido de la revolución. Con estos puentes intentaba a favorecer la maduración política socialista de los trabajadores.

Los dogmáticos recitan literalmente esas mismas fórmulas, olvidando que fueron escritas hace 80 años en condiciones económicas (secuela de la depresión), militares (preparación de la conflagración mundial) y políticas (autoridad entre las masas de la Unión Soviética), muy diferentes al contexto actual. En lugar de recoger la metodología de esa plataforma – basada en buscar puentes entre las expectativas de los explotados y el proyecto socialista- reiteran los planteos expuestos a mitad del siglo pasado. Prescinden de lo perdurable y resaltan lo coyuntural.

La concepción dogmática conduce a desvalorizar las conquistas mínimas. Supone que estas mejoras pueden lograrse pero no preservarse. Es evidente que si se identifica el escenario actual con el vigente en la pre-guerra, el espacio para mantener los avances populares es muy reducido.

Esta descalificación es también consecuencia de la atadura al principio de dos etapas invariables del capitalismo. Si se supone que las reformas sociales fueron un rasgo excluyente del siglo XIX -y han quedado por lo tanto vedadas desde 1914- es lógico descartar su viabilidad contemporánea.

Los catastrofistas se irritan frente al señalamiento de esta contradicción que apuntamos en un texto anterior<sup>30</sup>. Resaltan su defensa de las reivindicaciones básicas e ilustran como su acción militante contribuyó al logro de varias demandas (reducción de la jornada laboral, aumento de salarios, etc). Pero como ese compromiso nunca estuvo en debate, esas menciones están fuera de lugar.

Lo que se discute no es la voluntad de lucha, sino la incongruencia de la tesis del derrumbe con la factibilidad de sostener logros mínimos. Son dos problemas completamente distintos y la polémica gira en torno al contrasentido de postular en forma consecuente la inminencia del colapso, aceptando al mismo tiempo la viabilidad de las reformas. Con la mirada catastrofista se debe suponer que estos avances constituirían a lo sumo, un episodio irrelevante de la disyuntiva que opone a la revolución socialista con la barbarie capitalista.

Nadie puede sostener con sensatez que la "era de las reformas está agotada" y que la obtención de las mejoras sociales es factible. Ambas tesis son inconciliables y resulta necesario optar por una u otra. Si se elude esta definición, el resultado es la típica fractura entre el discurso y la práctica. Con la acción sindical se consiguen, por un lado, las conquistas mínimas (totalmente plausibles). Y con la retórica dogmática se afirma, por otra parte, que esas victorias forman parte de una lucha más o menos próxima por el poder.

El resultado de esta inconsistencia es la presencia conjunta de discursos catastrofistas y prácticas reivindicativas. Las alusiones al colapso conviven con la cotidianeidad reformista, sin causarle al dogmático ninguna molestia. Con frases altisonantes se defiende una lucha básica, imaginando que en estas batallas se juega la insurrección comunista. Bastaría con aceptar que estas acciones constituyen experiencias preparatorias de futuras confrontaciones

más significativas con el capital, para evitar tantos contrasentidos. Pero este reconocimiento afectaría un dogma tan inútil, como venerado.

**4-10-07**

## II Esquematismos

### RESUMEN

En el plano político el dogmatismo es sinónimo de esquematismo. Sus promotores propugnan los Estados Unidos Socialistas de América Latina sin explicar como se llegaría a esa meta. Cuestionan una mediación eventual a través del ALBA, pero no postulan otro puente y contraponen el uso de la fuerza con la diplomacia, como si la lucha antiimperialista no exigiera ambos recursos. Reducen los proyectos de integración a rivalidades comerciales y no observan las confrontaciones político-sociales en juego. Al concebir el socialismo regional como un acto simultáneo desconocen las disyuntivas que enfrenta Cuba. Es falso que la imposibilidad de construir el socialismo en un solo país implique la inviabilidad de iniciar esa tarea.

Los doctrinarios alientan la repetición del modelo bolchevique en cualquier escenario, olvidando la singular incidencia de la primera guerra mundial sobre ese proceso. Mistifican lo ocurrido en Rusia e ignoran el curso diferenciado que siguieron las revoluciones posteriores. Suelen resaltar todos los episodios de 1917, sin prestar mucha atención a la estrategia seguida por Lenin durante décadas.

Tampoco logran explicar como fueron consumadas las revoluciones ajenas al precedente bolchevique. Es falso atribuir las al imperio de leyes históricas, a la invariable "presión de las masas" o a cursos "excepcionales", desconociendo el rol jugado por las direcciones de esos procesos.

El dogmático repite que "el proletario lidera la revolución" sin aclarar el significado actual de esa máxima. No toma en cuenta los cambios operados en la clase obrera industrial y tampoco registra la variedad de oprimidos y explotados que encabezó las rebeliones más recientes. Evalúa estos acontecimientos en código sociológico, suponiendo que la estructura clasista se mantiene invariable desde hace dos siglos. Desarrolla caracterizaciones sociales viciadas por su auto-visualización como exponente de la clase obrera y se equivoca al definir a la revolución por los sujetos y no por los contenidos anticapitalistas.

En su defensa de la dictadura del proletariado suele criticar a quiénes prescinden de un concepto que él mismo desecha en su actividad pública. El dogmático cuestiona la democracia socialista, suponiendo erróneamente que el primer término es equivalente y no incompatible con el capitalismo. Espera el surgimiento de los soviets, pero no detecta los embriones de poder popular. Descarta, además, la posibilidad de cursos intermedios, a pesar de los antecedentes de gobiernos obrero-campesinos.

En sus caracterizaciones de América Latina desconoce la singularidad del neoliberalismo, ignora los triunfos populares y no observa diferencias entre los gobiernos centroizquierdistas y nacionalistas radicales. Desvaloriza las nacionalizaciones en curso y no compara los diagnósticos que emite, con la viabilidad de su propia propuesta.

La simplificación dogmática proviene de una atadura a temporalidades cortas. Interpretan con ese criterio de inmediatez la teoría de la revolución permanente y no ajustan su aplicación a los países avanzados y a las transformaciones de la periferia.

Los doctrinarios incentivan la creación de partidos que se auto-asumen como vanguardia sin que los oprimidos reconozcan ese status. Diluyen la diferencia entre estadios de gestación y existencia de un partido y recrean el verticalismo monolítico. Su defensa de un modelo universal de organización política dificulta la unidad de los revolucionarios y obstruye la recreación de la conciencia socialista.

El dogmatismo transmite mensajes mesiánicos y adopta actitudes proféticas, que desvirtúan el sentido experimental de la acción militante. Incentiva la condición minoritaria y despilfarra esfuerzos en escaramuzas con el resto de la izquierda. Olvida que remar contra la corriente debería constituir una circunstancia y no una norma. Elude explicaciones públicas de sus propias dificultades, exhibe un gusto por la diferenciación y utiliza un lenguaje inadmisibles dentro de la izquierda. Esta actitud no permite desenvolver un proyecto socialista y obliga a revisar el sentido actual de la identidad trotskista.

## **II. ESQUEMATISMOS**

El dogmatismo presenta una faceta económica catastrofista y un perfil político pleno de esquematismos. Sigue un guión preestablecido en sus caracterizaciones y propuestas para América Latina y postula una estricta recreación de la estrategia soviética de 1917, al propugnar una dictadura del proletariado asentada en el partido que construyen.

### **SIMULTANEISMO CONTINENTAL**

Los dogmáticos estiman que solo existe una consigna congruente con la política revolucionaria a escala regional: los Estados Unidos Socialistas de América Latina. Interpretan que cualquier otro mensaje constituye una concesión a la burguesía. No deducen la conveniencia de ese lema de algún indicio de la realidad contemporánea, sino de su inclusión en los programas de la III y IV Internacional. Estiman que esa inscripción alcanza y sobra para preservar la consigna, cualquiera haya sido la recepción, interés o utilidad que demostró en los últimos 80 años.

¿Pero cómo se llegaría a los Estados Unidos Socialistas de América Latina? ¿Cuál sería el camino para alcanzar una meta tan ambiciosa? Este tipo de preguntas no preocupan mucho al doctrinario, pero cualquier sugerencia de mediaciones para llegar a ese objetivo provoca su inmediato furor. Por ejemplo, la eventual utilidad del ALBA para avanzar hacia esa dirección le parece una “divagación”, ya que asocia esta iniciativa con la pasividad política, la mera funcionalidad comercial y la inviabilidad práctica<sup>31</sup>.

El dogmático no detecta ningún rasgo progresivo en una idea que inicialmente el gobierno venezolano lanzó en contraposición al ALCA y al MERCOSUR, para gestar una alianza defensiva (acuerdos con Cuba) y proyectar medidas antiimperialistas a escala regional. Es evidente que el avance o frustración de esta iniciativa dependerá de muchas circunstancias. Pero al declarar de antemano su inutilidad se renuncia a cualquier batalla política por radicalizar su contenido. El doctrinario se equivoca en tres planos<sup>32</sup>.

En primer lugar olvida que la búsqueda de oxígeno fuera de las fronteras ha sido un rasgo de todos los gobiernos que chocaron con Estados Unidos, combinando siempre la diplomacia con los actos de fuerza. La oposición que establece entre ambos recursos ilustra cuán lejos se ha encontrado siempre de la utilización de uno u otro medio. El propio Trotsky alternó la jefatura del ejército rojo con el diseño del tratado de Brest, que incluyó fuertes concesiones a Alemania para resguardar al naciente estado soviético. Esta compatibilidad era congruente con su concepción de la revolución, como una guerra combinada de posiciones y maniobras. Esta mixtura resulta indispensable para gestar un proceso socialista, que no se reduce a la permanente ofensiva imaginada (pero no ensayada) por el dogmático.

Si se considera, en segundo término, al ALBA como una propuesta meramente comercial correspondería también medir con esa misma vara al ALCA y al MERCOSUR. Pero en este caso no se entendería, porque el proyecto de dominación norteamericano presupone más bases militares que tratados de libre-comercio. Tampoco se comprendería porqué los cancilleres de Sudamérica complementan los convenios arancelarios con la intervención militar en Haití. La capacidad analítica de quiénes reducen el ALCA,



el MERCOSUR o el ALBA a organismos comerciales no es muy sobresaliente. Siguiendo ese criterio deberían también considerar que la nacionalización de la energía es un tema petrolero o tratar la suspensión del pago de la deuda externa como una cuestión contable.

Quizás no han notado que los temas comerciales y financieros constituyen solo un aspecto del problema político de la integración. Con un poco más de visión para entender lo que ocurría, Trotsky siempre evaluaba el sentido general de cualquier medida formalmente económica. Captó, por ejemplo, el enorme significado de la nacionalización petrolera que introdujo el presidente mexicano Cárdenas en los años 30 y reivindicó sin vacilaciones esa decisión. Sus sucesores doctrinarios todavía no han logrado adoptar una postura equivalente frente a Chávez o Evo Morales.

Objetan, en tercer lugar, la viabilidad del ALBA por estimar que esta iniciativa perderá su forma autónoma inicial, diluyéndose en el MERCOSUR. Este curso constituye efectivamente una posibilidad, frente a la alternativa opuesta de conformación de un alineamiento antiimperialista diferenciado. El dogmático considera que esta segunda variante (y su eventual utilidad para un resurgimiento del socialismo) constituye “una expresión de deseos”. Pero quizás le convendría comparar esa eventualidad con la mágica irrupción que proyecta de los Estados Unidos Socialistas de América Latina. Si establece este contraste le resultará por lo menos incomodo objetar al ALBA con argumentos de realismo.

Es obvio que la integración socialista regional constituiría el desemboque y nunca un punto de partida de un proceso revolucionario a escala zonal. Por eso importa concebir cuáles serían los puentes que podrían vincular a ambos cursos. Si se rechazan estas mediaciones, la única forma de imaginar el socialismo continental es a través de contagios inmediatos o apariciones simultáneas. Esta visión se aleja tanto del socialismo internacional que proyectaba Lenin, como de la concepción sostenida por Trotsky al criticar la “construcción del socialismo en un solo país”. Ambos teóricos jamás pensaron la nueva sociedad anticapitalista como un resultado directo de revoluciones sincronizadas. Apostaron al socialismo internacional, pero no a un choque planetario dirimido en un solo round.

Los acontecimientos del siglo XX confirmaron esta complejidad. En Cuba, por ejemplo, se planteó siempre una dolorosa disyuntiva entre subsistencia y expansión de la revolución. La hazaña histórica lograda en la isla ha sido combinar dos políticas: la resistencia a un coloso ubicado a 90 millas, con la promoción de la revolución en América Latina. Estos intentos incluyeron desde la gesta del Che hasta el apoyo político, militar, moral y material de numerosos movimientos revolucionarios.

Como los dogmáticos vislumbran el socialismo regional como un acto simultáneo, nunca valoraron esa política cubana. Se encarnizaron, en cambio, con los numerosos errores cometidos por la dirección castrista (por ejemplo el apoyo político actual a Lula, Kirchner y Tabaré), denunciando incluso a “esa burocracia pro-capitalista”. Los dogmáticos desconocen la necesidad de compromisos geopolíticos, alianzas indeseadas o concesiones al enemigo, porque jamás han estado obligados a lidiar con esas adversidades. Pero quizás debería observar con más respeto, a quiénes sí confrontaron en los hechos con el imperialismo.

El dogmático suele justificar su visión simultaneista en la “imposibilidad de construir el socialismo en un solo país”. Pero transforma una restricción real en un ultimátum que impide hacer algo. Es cierto que el socialismo no puede realizarse dentro de las fronteras nacionales, pero puede iniciarse en ese marco. Ese debut implica avanzar hacia la gestación de una sociedad igualitaria, en el marco de las limitaciones objetivas vigentes en cada caso nacional. Como el dogmático desconoce este tránsito, su mensaje es: socialismo en todas partes y ahora o nada. De esa forma vislumbra la llegada de los Estados Unidos Socialistas de América Latina, como un maná que irrumpirá repentinamente bajo su conducción.

## **REPETICIÓN DEL CAMINO SOVIÉTICO**

Los dogmáticos suponen que la revolución se desenvolverá en América Latina repitiendo el sendero inaugurado por los bolcheviques en 1917. Resaltan la universalidad de esa acción y atribuyen el éxito de Lenin a su identificación de la catástrofe con

la revolución<sup>33</sup>. Suponen que la fidelidad a estos mismos criterios, les permitirá repetir esa gesta en cualquier punto del planeta. Por eso buscan analogías con esa experiencia en todos levantamientos contemporáneos. Imaginan Soviets, Palacios de Invierno, Febreros y Octubres, en los más diversos escenarios.

Durante las primeras décadas del siglo XX esta manía era un resultado natural del impacto provocado por la primera revolución socialista de la historia. Pero con el paso del tiempo el deslumbramiento dio lugar a evaluaciones maduras, que constataron la especificidad de esa gesta. La mitología del 17 –que era patrimonio de los partidos comunistas- fue cuestionada por quienes destacaron el carácter inimitable de ese modelo. Objetaron las leyendas y demostraron que todas las revoluciones posteriores fueron procesos originales muy diferenciados de ese antecedente<sup>34</sup>.

El dogmatismo es totalmente ajeno a esta reflexión. Mantiene la vieja tentación de la copia, sin notar que la revolución bolchevique incluyó características específicamente derivadas de la primera guerra mundial. Ese contexto bélico permitió resolver de manera relativamente sencilla el gran problema del armamento popular. Las masas insurreccionadas contra el zar se encontraban bajo bandera y los soviets fueron conformados, en gran parte, por los propios soldados. Esa fulminante desintegración de un ejército de conscriptos fue un rasgo peculiar, que el imaginario de la mistificación del 17 ignora.

En otros alzamientos anticapitalistas –como la Comuna de Paris al calor de la guerra franco-prusiana- este tipo de sublevación de tropas tuvo un alcance mucho más acotado. Las revoluciones exitosas (Yugoslavia, China) o fracasadas (Francia, Italia, Grecia) de post-guerra se desarrollaron en el marco de disputas militares entre dos bandos. No hubo soviets, ni insurrecciones semejantes al 17. Pero en todos los casos influyó un contexto bélico que el dogmático no evalúa.

Su obsesión por el calco le impide notar que ninguna de las cuatro grandes revoluciones latinoamericanas –México en 1910, Bolivia en 1952, Cuba en 1959 y Nicaragua en 1979- se consumó en ese marco guerrero. Las grandes conflagraciones internacionales

constituyeron a lo sumo, un condicionante indirecto de esas sublevaciones. Esta diferencia explica, por ejemplo, la preeminencia de acciones guerrilleras en Cuba o Nicaragua, tan diferentes de la insurrección soviética. Ninguna revolución latinoamericana estalló por los compromisos de las clases dominantes con una guerra mundial, ni generó las reacciones antibelicistas e internacionalistas que predominó en el contexto ruso. El dogmático no logra registrar esa diferencia.

Tampoco puede notar que el éxito de Lenin obedeció a una estrategia de largo plazo, mucho más compleja que el simple augurio de catástrofes y “revoluciones a la vuelta de la esquina”. Esta política incluyó varias líneas de acción antes del período soviético. El doctrinario solo presta atención al episodio final de 1917, sin recordar los decenios previos de batalla contra el zarismo, bajo estandartes democrático-radicales anticipatorios de ese desenlace anticapitalista (forjar una “dictadura democrática de los obreros y campesinos”). Lenin no llegó a ese éxito solo rechazando la política pro-capitalista de los mencheviques. Sostuvo durante años varias estrategias para gestar alianzas con los campesinos, apuntalar las relaciones de fuerzas y desarrollar la conciencia de los trabajadores

El catastrofista no toma en cuenta esta política. Simplemente observa los sucesos de febrero-octubre del 17, como un resultado al alcance de la mano en cualquier circunstancia explosiva. Olvida que a este desemboque se arriba si previamente prosperó una estrategia adecuada. El acierto de Lenin radicó en esta orientación precedente, que incluyó batallas contra la simplificación anticapitalista del populismo, alientos del camino agrario americano y radicalización de una revolución democrática ininterrumpida. Como estos aspectos son poco atendidos, la imitación del camino soviético parece una obra sencilla y extensible a cualquier país.

## **ESQUEMATISMO DE DIRECCIÓN**

El dogmático ve la revolución a la vuelta de la esquina pero siempre en otro barrio, ya que nunca le ha tocado protagonizar

ese acontecimiento. Semejante exterioridad lo obliga a evaluar la sucesión de revoluciones socialistas que se desarrollaron no solo fuera de su alcance, sino vulnerando también el precedente bolchevique. ¿Como pudo haber ocurrido algo así? Los doctrinarios le han dado muchas vueltas a este interrogante, pero nunca lograron exponer una explicación de los sucesos que pusieron en entredicho la primacía de 1917.

La interpretación dogmática de la revolución yugoslava, china, vietnamita o cubana se reduce a proclamar que "las leyes de la historia son más fuertes que los aparatos"<sup>35</sup>. Las organizaciones dirigentes de esas sublevaciones intentaron contener "la fuerza inmanente de la transformación socialista", pero no tuvieron éxito. Esta interpretación es congruente con la visión positivista del desenvolvimiento social. Supone que una compulsión natural obligó a los protagonistas de esos procesos a realizar actos que no buscaban. Solo los bolcheviques ambicionaban el socialismo y el resto debió seguir un camino parecido por la simple fuerza de los hechos.

Pero el caso cubano es particularmente problemático para esta forma de razonamiento, ya que no resulta fácil ilustrar como Fidel tomó el poder bajo el acicate de una fuerza misteriosa. El dogmático reconoce que el líder guerrillero adoptó valientes decisiones frente al imperialismo e impulsó una "transformación social profunda". Pero si actuó de esta forma, la voluntad revolucionaria primó sobre la compulsión natural. Y esta constatación pone en serios aprietos todos los cuestionamientos doctrinarios a "que un pequeño-burgués no bolchevique pueda hacer la revolución"<sup>36</sup>.

La solución más corriente frente a tantos intrínquilis ha sido atribuirle a esta variedad de episodios un carácter "excepcional". Pero como las revoluciones de pos-guerra fueron más numerosas que las anteriores a ese conflicto, esta calificación no tiene mucho sentido. ¿Por qué razón 1917 habría marcado la norma y el resto violado ese patrón?

Otras explicaciones del mismo tipo resaltan la dinámica de "contragolpe" que caracterizó a la revolución cubana (radicalización del proceso frente a cada conspiración). Pero este

rasgo determinó también el surgimiento de la Unión Soviética (captura del poder en octubre del 17, expropiaciones del capital un año más tarde y creación posterior de un nuevo sistema político-militar como resultado de la guerra civil). Todas las revoluciones prosperaron por ese camino.

La creencia que todas las victorias socialistas posteriores a Lenin y Trotsky fueron imposiciones de las masas a direcciones reticentes carece de verificación. Supone la existencia de “presiones desbordantes desde abajo” en cualquier fecha y lugar, cómo si las masas estuvieron siempre ubicadas a la izquierda de sus conducciones, bregando por metas más radicales. Es muy difícil encontrar corroboraciones de esta idealización<sup>7</sup>.

Es bastante absurdo imaginar que “las masas presionaron” a Castro para embarcarse en el Gramma y subir a la Sierra Maestra. Si con un poco de sensatez se acepta que esa acción se originó en su voluntad revolucionaria: ¿Por qué atribuir a otra motivación la expropiación posterior de los capitalistas? La teoría que explica la historia por un principio invariable de presión de los pueblos sobre sus dirigentes enfrenta, además, otro problema: ¿Por qué se exceptúa a los bolcheviques de esa norma? ¿Por qué suponer que Fidel fue dirigido y Lenin actuó como dirigente? Las arbitrariedades de este esquema chocan frontalmente con lo sucedido en Cuba.

Cualquier análisis elemental de la revolución en esos país confirma que su trayectoria siempre estuvo definida por las decisiones de sus líderes. Estas resoluciones determinaron un resultado socialista opuesto al observado en México (1910) o Bolivia (1952). La nacionalización de los ingenios azucareros, la reforma agraria o la conformación de las milicias, no irrumpieron espontáneamente como actos de las masas. Fueron impulsados por una dirección de origen jacobino, que adhirió mayoritariamente al proyecto socialista. Ha transcurrido medio siglo de este hecho y los dogmáticos todavía no han podido reconciliarse con estos datos básicos de la realidad.

Su resistencia a reconocer lo que cualquier mortal percibe es consecuencia de un modelo esquemático sobre las direcciones, que descarta cualquier liderazgo revolucionario ajeno al propio y desviado del bolchevismo. Por eso supone, que si alguna

revolución triunfó olvidando solicitar su conducción debe obedecer a extrañas causas. El dogmático razona al revés. Si los hechos no se adaptan a su esquema previo hay que corregir la realidad. Pero su fantasía de monopolio revolucionario es un rasgo de omnipotencia tan infantil, que solo puede suscitar sonrisas entre quiénes observan con cierta distancia este tipo de elucubraciones.

La incapacidad para aceptar direcciones socialistas revolucionarias ajenas al propio ombligo es también consecuencia de un modelo rígido sobre la forma de gestación de la conciencia socialista. Siguiendo el precedente del 17 el dogmático supone que estas convicciones constituyen primero un patrimonio del partido, luego un atributo compartido por la vanguardia y finalmente un bien difundido a toda la sociedad como resultado de la toma del poder. Pero la historia ha demostrado que esta estricta cronología puede alterarse. En el caso cubano la conciencia socialista no fue anticipada por una organización, sino que se desarrolló junto a experiencias de radicalización política. Por esta razón, el carácter socialista de la revolución cubana fue recién proclamado en 1961 y no en 1953 o 1959. Acompañó el curso de un proceso, sin respetar el estricto premoldeado que exige el doctrinario.

## **INTEPRETACIONES EN CLAVES SOCIOLÓGICAS.**

La dificultad para reconocer cursos socialistas distintos del 17 surge también de una inmutable presunción sobre el rol que debe jugar la clase obrera. El dogmático repite en forma obsesiva que “el proletario lidera la revolución” y se enfada contra cualquier olvido de esa máxima<sup>38</sup>.

Pero este altisonante mensaje no define quiénes integran actualmente el proletariado. Da por sentado que esa composición, sin notar que algo evidente en la época de Marx o Lenin ya no resulta tan nítido a principio del siglo XXI. Mientras que el protagonismo de los obreros era indiscutible en la Comuna de París, en la acción bolchevique y en revoluciones europeas de entre-guerra, este liderazgo perdió peso en los triunfos socialistas posteriores.

La clase obrera industrial no tuvo un papel conductor frente a los campesinos en China o Vietnam y con excepción de caso boliviano, este liderazgo tampoco se observó en las grandes revoluciones de América Latina. La población agraria protagonizó el alzamiento mexicano y una variedad de segmentos oprimidos -comandados por organizaciones provenientes de la clase media- consumaron la revolución cubana y nicaraguense. El doctrinario suele afirmar que “la pequeño-burguesía ejecutó en este caso la misión histórica de la clase obrera”. Pero si esta mutación fue posible, el rol dirigente del proletariado ya no es tan insustituible.

El dogmático tampoco registra que la clase obrera industrial ha jugado un rol secundario en el ciclo reciente de rebeliones en la región. Estas sublevaciones fueron lideradas por los desocupados y la clase media (Argentina), los indígenas y profesionales urbanos (Ecuador), los informales y campesinos (Bolivia) o los precarios junto a sectores sindicalizados (Venezuela). De este variado panorama no extrae ninguna conclusión. Podría simplemente constatar que en batallas protagonizadas por todas las víctimas de la sujeción capitalista (oprimidos), los generadores directos del beneficio empresario (explotados) tienden a jugar un rol más estratégico.

La vieja denominación de proletariado podría ser aplicada a este último segmento o a todo el conglomerado de resistentes. La diferencia radica en el alcance asignado al concepto. Si se entiende por proletariado a la clase que vive de su trabajo quedan englobados todos los oprimidos, pero si se alude solo a los asalariados el término tiende a identificarse con los explotados. Como el dogmático no aclara sus caracterizaciones, nadie sabe bien cuál es la dimensión le otorga al proletariado.

Utiliza el término para reafirmar la vigencia de la ortodoxia, pero curiosamente nunca lo difunde en su propaganda corriente. En ese caso necesitaría el auxilio de un traductor, ya que la palabra proletariado ha perdido presencia habitual. Estuvo tradicionalmente asociada con los obreros industriales, que constituían el pilar de todos asalariados. Pero este sector no mantiene la gravitación del pasado, como consecuencia de varias transformaciones sociales (reorganización neoliberal regresiva del



proceso de trabajo) y políticas (crisis de los sindicatos, dificultades de la izquierda).

Como los dogmáticos se acostumbraron a discutir la dinámica de la revolución en código sociológico (supremacía de la clase obrera frente a los campesinos y pequeño-burgueses) rechazan cualquier actualización de su propia doctrina. Su mirada del capitalismo congelado desde 1914 los induce además a pensar, que nada ha cambiado en la estructura social del sistema.

Los teóricos oficiales del Partido Comunista recurrían a una sencilla solución para lidiar con este problema: se auto-erigían en representantes del proletariado e ilustraban con su presencia la tónica obrera de cualquier proceso. Los dogmáticos ensayan una solución parecida, cuándo utilizan rigurosos términos clasistas para tipificar a las fuerzas en juego. Resaltan el sustrato social que expresa cada grupo político y describen especialmente a sus adversarios de izquierda como exponentes de la clase media. Pero el presupuesto de este diagrama es situarse a sí mismos como voceros la clase obrera. El único inconveniente radica en que la inmensa masa de los trabajadores no ha tomado nota de esa representación<sup>39</sup>.

Es bastante absurdo pontificar quién es quién en la sociedad desde un sitio imaginario. La clarificación de la estructura social-clasista tiene sentido en la batalla ideológica contra los capitalistas, pero no en la delimitación interna del universo de la izquierda. La extrapolación del primer criterio al segundo ámbito transforma un recurso de esclarecimiento, en un instrumento de ridícula pugna por definir que grupo representa más adecuadamente los "intereses de la clase obrera". Es absurdo dirimir este mandato en una reyerta ideológica entre organizaciones marxistas.

De todo este enredo se podría salir reconociendo simplemente que la revolución socialista será una obra de los oprimidos y explotados. Pero esta constatación requiere tomar en cuenta las importantes oscilaciones sociales que acompañan al desenvolvimiento del capitalismo. Estos cambios modificaron el invariable conservatismo de los campesinos, alteraron las actitudes de los pequeños propietarios urbanos hacia los asalariados y convirtieron al estudiantado en una fuerza popular masiva. No

resulta posible definir, por ahora, si la clase obrera industrial volverá o no a ocupar el rol que tuvo en el pasado. Su expansión numérica a escala mundial coexiste con la precarización laboral y con fuertes segmentaciones en su interior. Resulta indispensable reconocer estos cambios para abordar con mayor realismo la estrategia política de la izquierda.

Pero el dogmático está inmerso en una larga siesta, que le impide caracterizar adecuadamente la naturaleza de la revolución socialista. No registra la gravitación primordial del contenido social de este proceso, en comparación a los sujetos que lo realizan. El carácter socialista común de 1917 (Rusia), 1949 (China) y 1960 (Cuba) estuvo dado por ese carácter anticapitalista y no por el rol determinante o secundario, que jugaron en cada caso los obreros.

Como lo esencial son las tareas, Lenin hablaba de “revolución proletaria” para referirse a la fuerza dirigente y de “revolución socialista” para aludir al sentido de este proceso. Mientras que Trotsky jerarquizó alternativamente uno u otro aspecto, Preobrazhensky defendió la primacía del segundo rasgo. Este criterio tuvo mayor corroboración histórica y evita los dilemas sin solución que acosan a los dogmáticos<sup>40</sup>.

## DICTADURA DEL PROLETARIADO

El dogmático convoca a forjar la dictadura del proletariado como única opción revolucionaria. O se avanza rápidamente hacia esa meta o triunfará la derecha. No hay espacios intermedios, ni disputas. Se impone Lenin o Kornilov y frente a esta disyuntiva el poder de los soviets expresa la única política socialista viable. Cualquier otra variante implica traición<sup>41</sup>.

Este rumbo es propiciado con justificaciones de todo tipo. La dictadura del proletariado es vista como un recurso de violencia contra los capitalistas y como un acto de amor. El dogmático compatibiliza curiosamente ambas versiones<sup>42</sup>. Pero lo que resulta más sorprendente es la total ausencia de este término en la actividad corriente de sus cultores. Jamás pronuncian esta palabra en ese ámbito. Allí solo hablan del “gobierno de los trabajadores”,

porque saben que dictadura es un concepto impronunciable y que proletariado es una noción desconocida. Por eso archivan frente al gran público los términos que utilizan en las rencillas con la izquierda.

Esta dualidad no suscita interrogantes a los doctrinarios, que conciben su pregonada meta como un sistema opuesto a la democracia socialista. Consideran totalmente inadmisibles esta conjunción y se burlan de sus promotores<sup>43</sup>. Pero esa articulación fue explícitamente propuesta por los marxistas de entre-guerra (varias veces Lenin y con gran frecuencia Rosa Luxemburg).

Los revolucionarios de ese período reivindicaban a la democracia socialista como un sistema equivalente a la dictadura del proletariado. Consideraban que los rasgos inevitablemente coercitivos de cualquier régimen anticapitalista debían coexistir con el debut de una democracia real basada en la creciente igualdad. Quiénes por el contrario estiman que **“e l socialismo con democracia es una contradicción” han asimilado muy poco del legado teórico que ensalzan. Subrayan esa incompatibilidad, estimando que la democracia es una forma de estado que desaparece bajo el socialismo**<sup>44</sup>.

**Pero en este retrato del futuro confunden conceptos y temporalidades. Por un lado, olvidan que Marx concibió la disolución del estado como proceso paulatino del porvenir comunista y no como un acto inicial del socialismo. Por otra parte, desconocen que la democracia sin algún aditamento (burguesa, formal, real, popular) no significa nada. Los propios dogmáticos reconocen la polisemia de este término, cuando por ejemplo reivindican con entusiasmo la democracia para el ámbito universitario**<sup>45</sup>.

En otros textos hemos demostrado que la contraposición entre socialismo y democracia conduce a embellecer al capitalismo, porque identifica la soberanía popular con ese sistema. Ese enfoque le quita al movimiento revolucionario una bandera actualmente necesaria para reaproximar a la izquierda con las masas<sup>46</sup>.

Inspirado en el antecedente de la URSS el dogmático espera forjar la dictadura del proletariado a partir de los soviets. Por eso vislumbra embriones de ese doble poder en todas las revueltas, sin notar que esta modalidad de consejos no ha estado muy presente en la historia latinoamericana. Tampoco nota esta ausencia en el ciclo reciente de rebeliones regionales. Algunos esbozos de estas formas despuntaron en Bolivia (2003), pero las efímeras asambleas barriales argentinas del 2001-02 no constituyeron embriones de ese tipo. En Venezuela o Ecuador tampoco estuvieron a la vista variedades de esos consejos.

Si se admite acertadamente que el doble poder constituiría un aspecto clave de los desenlaces revolucionarios, su carencia actual confirma el carácter preparatorio de la etapa. Pero como el dogmático no puede distinguir estos períodos, espera la llegada de los soviets dónde apenas se vislumbraron modalidades iniciales de construcción del poder popular. Como está acostumbrado a exaltar lo inexistente, no puede calibrar estas manifestaciones.

Esta falta de ubicación proviene de su desconocimiento de las situaciones intermedias que podrían pavimentar el debut del socialismo. Estos eslabones no son períodos de “capitalismo progresista” –como suponen los teóricos de la revolución por etapas- sino momentos anticipatorios del triunfo revolucionario. Conforman cursos probables de una progresión anticapitalista, que fueron avizorados por Lenin en su defensa de la dictadura democrática del proletariado y los campesinos. El dogmático descarta por completo estas opciones identificándolas erróneamente con el menchevismo<sup>47</sup>.

No recuerda que estas opciones fueron debatidas como variantes del “gobierno obrero y campesino” en los cuatro primeros congresos de la III Internacional. Estas modalidades eran identificadas, a veces, con la dictadura del proletariado y en otras ocasiones con instancias previas a esa administración revolucionaria. Lenin las concibió de esta última forma, cuando propuso -después de febrero y antes de octubre del 17- la formación de un gobierno soviético dirigido por mencheviques y social-revolucionarios.

Este mismo planteo volvió a escena durante la revolución alemana de 1918 y se convirtió durante décadas en el lema de la izquierda radical, que propiciaba la ruptura de los partidos socialistas y comunistas con la burguesía. Esta convocatoria implicaba erigir gobiernos obrero-populares sin representantes de las clases dominantes. Trotsky mantuvo una actitud ambivalente frente a esta alternativa. Promovió su concreción en algunas ocasiones, pero la descartó en otras. En sus últimos años tendió a presentar el gobierno obrero y campesino como una "acepción popular" de la dictadura del proletariado. Los dogmáticos recogen exclusivamente esta última versión y no aceptan aquí ninguna otra opción<sup>48</sup>.

Pero las modalidades que descartan se observaron por ejemplo en China en 1949 y en Cuba en 1960, durante las breves coaliciones gubernamentales que precedieron a la expropiación de los capitalistas. El carácter efímero de estos interludios no elimina su existencia. Más controvertido sería definir si rigió alguna variante del gobierno obrero-campesino, en las administraciones que involucionaron hacia la recomposición del orden burgués (Argelia en los 60, Nicaragua en los 80). Al dogmático no le preocupan este tipo de eventualidades (ni tampoco la posible radicalización de un gobierno antiimperialista radical actual), porque su universo solo contempla dos situaciones: régimen burgués o dictadura del proletariado. De esta excluyente disyuntiva solo quedan expulsadas las molestas variantes de la realidad.

## **MUCHOS INCENDIOS, NINGÚN RESULTADO**

La predilección dogmática por el ultimátum se verifica en todas sus caracterizaciones de la coyuntura latinoamericana. El doctrinario describe un escenario de invariable incendio y fracaso del imperialismo, las clases dominantes, los gobiernos y los opositores, bajo el empuje de las masas<sup>49</sup>.

Lo más curioso de estos encuadres no es el reciclaje ilimitado de las crisis por arriba, sino la ausencia de victorias populares. No se comprende cuál es la fuente de energía que incita a las masas a volver una y otra vez al ruedo, sin lograr nunca nada.

Aparentemente han desarrollado un gusto por la batalla que se ha vuelto indiferente a los resultados.

La inconsistencia de esta descripción es obvia. Si América Latina constituye un gran foco de rebeliones populares es porque el neoliberalismo ha sufrido importantes derrotas políticas (caída de presidentes), sociales (frenos del atropello), gubernamentales (desplazamiento de derechistas) e ideológicas (desprestigio del fanatismo mercantil).

Los dogmáticos no reconocen estos cambios, porque tampoco caracterizan al neoliberalismo como un programa particular. Colocan ese término entre comillas para burlarse de su existencia, sugiriendo que el uso de ese concepto constituye una capitulación frente al pensamiento dominante. Suponen que únicamente corresponde hablar de capitalismo a secas y en forma indistinta. Por esta misma razón, no atribuyen gran significación al desplazamiento popular de mandatarios neoliberales en Venezuela, Bolivia o Ecuador. Como el capitalismo se mantiene en los tres países, nada ha cambiado<sup>50</sup>.

Pero este razonamiento ignora logros populares evidentes e incluso sugiere que con Chávez o Evo Morales la burguesía evitó la revolución socialista y logró instalar presidentes “potencialmente contrarrevolucionarios”<sup>51</sup>. El dogmático no logra reconciliarse con la realidad. En lugar de constatar la presencia de gobiernos nacionalistas radicales que movilizan a las masas, chocan con el imperialismo y contrarían al establishment, especula sobre el rol regresivo que jugarían frente a una insurrección proletaria. Por ese camino intentan dilucidar lo que podría suceder, sin atender demasiado a lo que efectivamente ocurre.

Ni siquiera computan como triunfos populares las conquistas democráticas de las últimas décadas. Omiten señalar este aspecto, al evaluar que la sustitución de las dictaduras latinoamericanas por regímenes constitucionales fue un logro del imperialismo. Como estiman que el Departamento de Estado recurrió a “desvíos democratizantes” para frenar el desarrollo de verdaderas revoluciones, le quitan trascendencia a las libertades públicas obtenidas en ese período. Esta forma de negar un éxito por la

pérdida eventual de un avance mayor (socialismo) es muy afín al pensamiento fantástico.

Con el mismo barómetro de lo que hubiera sucedido, desconocen el aspecto progresivo de las nacionalizaciones que implementan Chávez o Morales. Afirman que estas mismas medidas adoptan actualmente otros gobiernos de países petroleros (especialmente Arabia Saudita o los emiratos árabes)<sup>52</sup>.

Pero olvidan que el carácter de estas iniciativas no está exclusivamente determinado por las cláusulas de los contratos y los porcentajes de las regalías. Un sheik que sostiene la invasión norteamericana a Irak no es muy parecido al principal adversario que enfrenta Bush en Latinoamérica, aunque ambos coincidan en cierto manejo de los hidrocarburos. Establecer identidades entre ellos equivale a suponer que las estatizaciones implementadas por Perón y Hitler eran análogas. Si algo debería distinguir a un marxista de un analista convencional es la capacidad para diferenciar contenidos político-sociales, en medidas formalmente semejantes. Pero este atributo exige primero algún grado de sensatez.

El dogmático interpreta que Chávez avanza poco sobre la gran propiedad capitalista. Estima que sus nacionalizaciones se ubican por debajo del nivel alcanzado por Allende en Chile (1970-73) o Velasco Alvarado en Perú (1968-75). Pero se olvida que el principal recurso de Venezuela se encuentra bajo jurisdicción estatal desde hace mucho tiempo y que el eterno problema de ese país ha sido el manejo de esa renta petrolera. Con el dinero proveniente de esta fuente hay recursos más que suficientes, para desenvolver la industria y mejorar el nivel de vida popular. La dificultad radica en el uso de los fondos ya existentes y no en su recaudación adicional. El dogmático ignora que en Venezuela no urge la expropiación de la burguesía extra-petrolera para desenvolver un proceso revolucionario. Está desconcertado porque su manual no contempla ninguna receta para avanzar al socialismo en una economía de renta petrolera.

Solo atina a denunciar "limitaciones", "capitulaciones" y "concesiones" de Chávez pronosticando con total certeza su involución derechista, mientras arremete contra quiénes

consideramos factible otras hipótesis<sup>53</sup>. Pero en una escala de probabilidades cabría preguntar: ¿Qué resultaría más posible? ¿La radicalización del proceso bolivariano o la concreción del modelo de los dogmáticos? Si los antecedentes de las últimas décadas sirven de base para un dictamen, la respuesta es contundente.

## **TEMPORALIDAD, PERMANENCIA E INMINENCIA**

Los dogmáticos desconectan las mediaciones políticas porque razonan con temporalidades invariablemente cortas. Al suponer que la historia se mueve siempre con celeridad devalúan los cursos más pausados. No registran que los procesos de pocos días (como las 10 jornadas que conmovieron al mundo en 1917) coronan dinámicas de meses (febrero y octubre del mismo año) y alternan con desenvolvimientos de muchos años (“larga marcha” en China, prolongada resistencia vietnamita).

El doctrinario olvida que el breve acontecimiento insurreccional ruso fue precedido por una paciente estrategia previa. Lenin impulsó una definición coyuntural corta, luego de propiciar durante décadas alternativas más prolongadas. Gramsci conceptualizó, posteriormente, esta segunda variante de gestación paulatina de la hegemonía política e ideológica de los trabajadores. Planteó desenvolver procesos largos y signados por la pérdida de autoridad de las clases dominantes.

Como el dogmático identifica permanencia con inmediatez y procesos revolucionarios con resoluciones de corto plazo, no logra captar la discordancia de ritmos que rige a esta variedad de cursos. Desconoce que los oprimidos del mundo afrontan contextos socio-económicos y niveles de conciencia muy diferenciados. Su apego a la temporalidad corta es tan fuerte, que identifica cualquier propuesta de largo plazo con la perpetuación socialdemócrata del capitalismo. A lo sumo distribuye su inmediatez en cuotas sucesivas, cuando asocia la acción prolongada con la preparación del desenlace repentino.

Este cortoplacismo lo induce a observar cualquier situación convulsiva del planeta con el prisma del febrero-octubre ruso,



imaginando coyunturas “kerenskistas” que deben dirimirse rápidamente hacia la derecha o el socialismo. La aplicación de este esquema al gobierno de Chávez o Evo Morales conduce a una confrontación permanente con presidentes hostilizados por el establishment.

El dogmático interpreta la teoría de la revolución permanente con esta compulsión a la urgencia<sup>54</sup>. Olvida que Marx concibió esa tesis, para que la clase obrera introdujera sus metas socialistas en las sublevaciones democráticas que abandonaba la burguesía. Cuestionó la prescindencia de esta lucha y convocó a una participación proletaria autónoma. Pero diseñó una estrategia de intervención y no un procedimiento repentino para disyuntivas inmediatas. Lenin le asignó a esta política el mismo sentido, luego de constatar el pasaje burgués del jacobinismo (transformaciones anti-feudales desde abajo) al bismarkismo (compromiso con la nobleza para gestar el capitalismo desde arriba). Señaló varios cursos posibles de radicalización de una revolución democrática, sin restringir estas opciones a desenlaces inmediatos.

Ni siquiera Trotsky asoció la revolución permanente con la urgencia. Auguró la posibilidad de un triunfo socialista en Rusia - como anticipo de la revolución en Europa Occidental- frente a la deserción burguesa, la falta de independencia política de los campesinos y la resistencia de los obreros a auto-limitar su acción al marco capitalista. Batalló contra los mencheviques (y luego stalinistas) que postulaban separar una primera etapa de liderazgo burgués de la fase socialista posterior. Pero siempre concibió una estrategia y no un ultimátum.

Esta visión de la revolución permanente no debe ser tomada como la última palabra de la política socialista. Define acertadamente la mecánica social de la transformación anticapitalista, pero no establece cuáles son las alianzas, las correlaciones de fuerzas y los niveles conciencia u organización requeridos para lograr esa victoria. Si el planteo hecho por Trotsky fuera suficiente, no habría suscitado tantas interpretaciones entre sus seguidores y diferencias tan marcadas en la aplicación de sus postulados.

El dogmático desconoce esta limitación. Repite a libro cerrado esas tesis, sin revisar como se adecuan por ejemplo a las naciones

capitalistas desarrolladas. No percibe que los problemas indagados por la teoría de la revolución permanente son poco relevantes para los países con mayoría abrumadora de asalariados urbanos o con tareas democráticas, nacionales y agrarias concluidas hace tiempo. El ortodoxo ni siquiera sabe que Gramsci cubre gran parte de las lagunas que Trotsky dejó en este campo.

Tampoco se preocupa por adaptar las tesis de la revolución permanente a los cambios registrados en la periferia. Como razona en términos de puro estancamiento supone que las tareas incumplidas a principio del siglo XX se mantienen igualmente pendientes en la actualidad<sup>55</sup>. No toma nota en cuenta como la reforma agraria, la descolonización o el desarrollo industrial transformaron a los países atrasados. Ninguno de estos cambios convirtió a estas naciones en potencias centrales, pero implicaron mutaciones por arriba –denominadas por Gramsci “revoluciones pasivas”- que alteraron el status dependiente o el grado de retraso predominante en cada país. El universo de colonias y semicolonias que observaba Trotsky ha cambiado significativamente, a medida que el subdesarrollo perdió uniformidad y se consolidó una subestratificación dentro de la propia periferia<sup>56</sup>.

El catastrofista no percibe estas modificaciones, ni sus consecuencias programáticas. Tampoco estima necesario actualizar el sujeto revolucionario concebido por Trotsky. El líder de los soviets consideraba que las tareas democrático burguesas pendientes serían implementadas en el poder por la clase obrera. Pero atribuía ese papel a un proletariado equiparable al existente en Rusia principio del siglo XX. Este segmento social no impera ni siquiera en la actualidad en toda la periferia. Tiene gran presencia en Brasil o Argentina, pero no en Haití. Es significativo en Sudáfrica, pero no Ruanda. Para este segundo tipo de países, la teoría no rige en los términos que fue expuesta.

Las tesis de la revolución permanente no tienen la universalidad que imagina el dogmático. Confirman la continuidad de la brecha entre el centro y la periferia, pero sin implicar un congelamiento de este mapa, ni consagrar una simple perpetuación de la regresión económica. La concepción de Trotsky aporta una guía de razonamiento para la estrategia socialista, pero no ofrece un diagnóstico imperturbable de la realidad. Ciertas dificultades de

ese enfoque comenzaron a vislumbrarse incluso durante su formulación inicial<sup>57</sup>.

El dogmático no puede incursionar en estos terrenos porque su mundo se detuvo en el 1940 y sigue amarrado a la batalla de Trotsky contra Stalin, como si hubiera sido la única pugna de la historia socialista. Esta atadura le impide notar cómo gran parte de los conceptos de la revolución permanente fueron asimilados por tendencias ajenas a la tradición trotskista. Esta fusión se produjo en los hechos, entre corrientes comunistas que se alejaron de la teoría de las etapas y abandonaron el elogio de las burguesías nacionales. Muchos documentos del PC cubano o de la guerrilla salvadoreña de los años 80 ejemplifican esta evolución.

Quizás el mayor punto de encuentro fue concretado por el Che, cuando planteó la disyuntiva entre “revolución socialista o caricatura de revolución”. Su proyecto continental de enlazar demandas democráticas y antiimperialistas con procesos socialistas, adversos a cualquier alianza con la burguesía ilustra su proximidad con Trotsky. Pero el dogmático no puede aceptar un empalme que choca con su escaso reconocimiento de la revolución cubana.

## **AUTO-PROCLAMACIÓN Y VANGUARDISMO**

La concepción dogmática incentiva la formación de partidos cerrados, que se auto-asumen como vanguardia de la clase obrera, sin que ningún sector relevante de los oprimidos reconozca ese status. Si bastara con afirmar que el propio grupo encarna la revolución, no serían tan escasas las organizaciones que lograron consumir este objetivo. No alcanza con exclamar que “nosotros somos los bolcheviques”. Alguien debe corroborar desde afuera y con datos objetivos esa creencia. Al desconocer este parámetro básico, el dogmático pierde contacto con la realidad<sup>58</sup>.

El origen histórico de esta conducta fue la tentación de reproducir la revolución rusa, imitando la organización de sus artífices. Pero varias décadas de experiencias demostraron que no alcanza con forjar partidos disciplinados para erradicar el capitalismo. Mientras

que la mayoría de los socialistas han tomado nota de esta complejidad, el vanguardista continúa aferrado a la ilusión del superpoder partidario.

Pero no percibe que al actuar en nombre del proletariado sin representarlo se aísla de los oprimidos y repite un defecto reiteradamente objetado por Marx: situar la acción de los comunistas en un terreno diferente al conjunto de los explotados. En vez de trabajar, aprender (y eventualmente dirigir) a las masas, el auto-proclamado se considera depositario de una sabiduría mayor y busca imponer esa superioridad mediante escaramuzas por la hegemonía. Imagina que detenta la línea justa y que está dotado de una pericia suprema para actuar en todas las circunstancias.

El dogmático ignora la diferencia que separa la etapa inicial de formación de un partido (corrientes, agrupamientos, tendencias) del surgimiento efectivo de esa organización (audiencia significativa entre el sector que pretende representar). Nada impide utilizar la misma denominación en los dos estadios, si se reconoce que el primer momento de intenciones es cualitativamente distinto al segundo período de concreciones. El auto-proclamado declara vigente desde el debut, lo que recién debería edificarse. Por eso imagina que solo falta incrementar el número de integrantes del agrupamiento que ya ha forjado.

Su intento de construcción socialista reconoce acertadamente la necesidad de una organización para luchar por el poder. Es evidente que la calidad de sujeto político no se improvisa en medio de la convulsión. Se requiere experimentación, preparación militante, acción coordinada e intervención colectiva. Pero estos requisitos no implican gestar un tipo de partido universalmente válido, para cualquier época o país. Cómo desconoce esta diversidad, el dogmático recrea el culto al aparato que signó durante décadas el perfil de la izquierda.

La veneración por el modelo bolchevique olvida las circunstancias específicamente rusas de constitución de esa organización (zarismo y clandestinidad). Estas condiciones ya diferían de la legalidad y acción pública vigentes durante ese período en Europa

Occidental y son radicalmente opuestas a las prevalecientes en la actualidad.

El dogmático también omite que Lenin osciló entre periodos de rigor y apertura del bolchevismo. Esta flexibilidad quedó sepultada, a partir del endiosamiento stalinista del partido y la introducción del verticalismo en todas organizaciones comunistas. Ese funcionamiento monolítico les permitió justificar en la propia existencia de una estructura formalmente portadora del ideal socialista, la implementación de orientaciones tan cambiantes como inexplicables. Esa tradición ha quedado prácticamente enterrada en el universo comunista luego del colapso de la URSS, pero perdura entre los seguidores ortodoxos de Trotsky.

Este sector olvida que su inspirador modificó cinco veces la visión del partido. En 1904 defendió la dinámica de los soviets en oposición al partido clandestino y en 1908- 1914 convergió con los mencheviques en el rechazo a la organización bolchevique. Entre 1917 y 1919 optó en cambio por la aceptación de ese modelo y en 1920-21 extremó este sostén, avalando el partido único y la anulación de las fracciones. Finalmente en 1930-40 propugnó una nueva modalidad de multipartidismo socialista.

Estos cambios ilustran la distancia que separa al cambiante Trotsky de sus cultores ortodoxos, que han optado solo por la variante más desprestigiada de puro verticalismo. Repiten el esquema de los viejos partidos comunistas, con la diferencia que esas organizaciones eran frecuentemente vistas como herederas de una revolución. En esta credibilidad sostenían los vicios de la auto-proclamación. Los dogmáticos actuales provienen de una tradición anti-stalinista, pero practican el mismo estilo de infalibilidad de sus viejos adversarios. Como nadie los asocia con alguna revolución contemporánea, su auto-proclamación es percibida como una curiosa extravagancia.

Cuándo el dogmático repite que la "crisis de la humanidad se reduce a la crisis de dirección del proletariado", no percibe cuán lejos ha llegado su despiste. Trotsky formuló esta idea a fines de los años 30, para describir el efecto simultáneo de la consolidación stalinista y del impasse de la revolución. Cualquiera sea la evaluación de ese diagnóstico es indudable que emanaba de una

voz con la autoridad y de un líder probado en la batalla contra el capitalismo.

El ortodoxo repite la misma sentencia en una coyuntura histórica completamente diferente, sin notar que no tiene la presencia política suficiente para emitir semejante afirmación. Nunca es irrelevante el lugar de emisión de una declaración. Tomar conciencia de la ubicación que cada uno tiene es indispensable para ganar peso en cualquier proyecto político.

La herencia de bolchevismo requiere actualizar también la reevaluación de los episodios más controvertidos de esa tradición. Un ejemplo de esta reconsideración polémica afecta, por ejemplo, el trasplante del modelo ruso a todos los partidos afiliados a III Internacional a principios de los años 20 ("21 condiciones de admisión"). Pero el dogmático no revisa nada. Se mantiene apegado a las formalidades del verticalismo, sin recordar que los marxistas construyeron históricamente partidos para promover la conciencia socialista.

Como el ortodoxo se considera predestinado a encabezar la revolución, no retoma estas preocupaciones de los clásicos. Supone que las convicciones socialistas emergerán simplemente con el engrosamiento de su partido. Esta visión mantiene muchos puntos en común con el objetivismo socialdemócrata, pero guarda pocas conexiones con las estrategias de construcción que incentivaban los revolucionarios de principio del siglo XX.

Lenin priorizaba el desarrollo de la conciencia socialista para superar la estrechez sindicalista y la influencia ideológica burguesa entre los trabajadores. Luxemburg propiciaba mayor confianza en la espontaneidad de las masas y menor apego a formas de organización a priori. Gramsci intentaba gestar un "intelectual colectivo", que actuara como "príncipe moderno" junto a los trabajadores.

El dogmático no registra esta variedad, ni comprende porqué se ensayaron procedimientos distintos para un mismo propósito en Rusia, Alemania e Italia. Pero sobre todo ignora el carácter problemático de esta tarea en la actualidad. No percibe la existencia de una regresión de los niveles medios de conciencia

socialista, en comparación a la entre-guerra o a 1960-70. Por eso también desconoce la necesidad de nuevas mediaciones para afrontar esta dificultad.

Su auto-proclamación constituye, también, un evidente obstáculo para avanzar en la unidad de las organizaciones revolucionarias. Obstruye este objetivo al declarar la supremacía de su partido y al negarse a lidiar con formas de edificación intermedia. Pero, además, bloquea la superación del verticalismo, que tradicionalmente ha imperado en la izquierda. El dogmático se acostumbró a sobrevivir en el universo cerrado de los pequeños grupos y ya no visualiza otra opción.

### **MESIANISMO, IRRELEVANCIA, SECTARISMO**

El doctrinario transmite mensajes mesiánicos a través de actitudes proféticas. Como estima que puede vislumbrar el futuro difunde pronósticos de estallido del capitalismo, descomposición de los regímenes políticos y fracasos del resto de la izquierda. La seguridad con que propaga estas previsiones genera una atmósfera mística entre sus partidarios<sup>59</sup>.

Pero olvida que la previsión constituye tan solo un ingrediente menor del análisis político. Lo que importa es la consistencia de una caracterización o el acierto de una línea de intervención. Resulta imposible anticipar qué sucederá en el futuro. A lo sumo se pueden exponer algunas estimaciones, dentro de cierto rango de probabilidades. El dogmático desconoce esta restricción y aprovecha el impacto que provocan sus augurios, en una sociedad mediática que incentiva amnesias sobre cualquier afirmación del día anterior. En este clima de memoria borrada, el ortodoxo recuerda sus aciertos y olvida sus fallidos, entre el aplauso de sus seguidores a tanta clarividencia.

La manía por la predicción formó parte de la tradición trotskista hasta que sus teóricos más abiertos se desembarazaron de ese designio. Este abandono les permitió también emanciparse del clima milenarista, que transmitían muchos textos de entre-guerra. Gran parte de esos escritos no escapaban al clima de la

pesadumbre y pesimismo que acompañó al ascenso del nazismo. Pero como el doctrinario no logró distanciarse de ese universo mantiene su gusto por la previsión apocalíptica. Se considera un iluminado que cuenta con una hoja de ruta segura para llegar al socialismo. Pero ignora que los mejores cerebros del siglo XX tuvieron a lo sumo una brújula para conocer el norte de esa travesía.

El dogmatismo conduce a sobrevivir en los márgenes de la vida política. Esta condición minoritaria es evidente para cualquiera menos para el propio ortodoxo, que jamás emite comentarios sobre su propia situación. Describe cómo el resto de la izquierda fracasa, sin mencionar nunca su propia falta de resultados. Abunda en retratos de la "impotencia", la "esterilidad" o la "incapacidad" de sus adversarios, pero no reconoce nunca sus dificultades. Esta ceguera se afianza con el uso de dos parámetros distintos para medir realidades propias y ajenas. Habitualmente resalta los fracasos prácticos de sus competidores, ponderando sus éxitos políticos y al cabo de esta comparación subraya que "tuvimos razón".

Tampoco reflexiona sobre las razones de varias décadas de estancamiento de sus proyectos en otros países (refundación de la IV Internacional), ni explica su puntual ausencia en cualquier lugar de éxito revolucionario. En todos los casos prefiere recurrir a consideraciones contra-fácticas. Estima que "si se hubiera aplicado tal política", o "si se hubiera logrado tal presencia militante" se habrían corroborado sus tesis. Pero como nadie puede verificar tantas especulaciones, solo quedan flotando las preguntas sobre lo realmente ocurrido.

La única explicación que siempre ofrece el dogmático es la capitulación de sus adversarios, como si la conducta de otro aclarara sus propias fallas. El doctrinario se deleita computando la falta de firmeza de otras corrientes ante las fuerzas dominantes del momento (nacionalismo, stalinismo, socialdemocracia). Utiliza un extenso código de términos para tipificar al culpable específico de cada tibieza (pablismo, posadismo, morenismo, mandelismo)<sup>60</sup>. Pero es obvio que este retrato no explica, porqué también ha fracasado su opción de inmaculada fidelidad al dogma. Se podría argüir que pagó el precio de una defensa ortodoxa de los principios



(“no avanzamos porque mantuvimos nuestras ideas”). ¿Pero qué sentido tiene una lucha socialista sin resultados? ¿Se interviene para preservar un pergamino o para erradicar al capitalismo?

Algunos autores suelen recordar que esta condición minoritaria afectó a todos los revolucionarios que remararon contra la corriente. Marx, Engels, Luxemburg, Gramsci no lograron ver nunca el fruto de su acción y Trotsky padeció la amarga experiencia de una expropiación de su obra. Pero ninguno de estos luchadores escapaba al análisis de la adversidad, que por otra parte nunca constituyó el denominador común y permanente de sus vidas.

Es indudable que la receptividad popular de un mensaje socialista depende de muchas circunstancias. Ciertos revolucionarios actúan en condiciones propicias, mientras que otros deben aguantar el contexto desfavorable. Pero lo que separa a cualquier militante abierto de un dogmático no es la suerte del escenario, sino la disposición a corregir sus propios problemas. Esta actitud marca la verdadera divisoria de aguas entre los dos campos.

El ortodoxo se enfada con cualquier intento de reflexión. Ataca a todos los autores que ensayaron alguna interpretación de su escasa implantación. Algunos señalaron dos causas de este aislamiento: la decreciente gravitación de la clase obrera y la significativa autoridad de los partidos comunistas<sup>61</sup>. El primer argumento incurre en un erróneo determinismo sociológico y supone que la condena al aislamiento es inexorable, mientras no renazca el viejo proletariado industrial. La segunda afirmación es menos convincente, ya que el desplome de la URSS arrastró el grueso de los partidos comunistas del mundo, sin modificar el carácter minoritario de los trotskistas. Pero con sus equivocaciones, estas tesis permiten por lo menos discutir un problema, que los dogmáticos ni siquiera registran.

El principal obstáculo que afronta la ortodoxia se ubica en un terreno repetidamente señalado por todos los críticos: el sectarismo. Esta conducta alude a un tipo de intervención política y no al escaso número de adherentes. El sectario exhibe un gusto por la separación del resto y un placer por la diferenciación, que lo ubica en el polo opuesto a la pluralidad de revolucionarios que requiere el momento actual.

El sectario no percibe cómo dilapida esfuerzos en reyertas irrelevantes. Se acostumbró a disputas grupusculares, que se auto-alimentan con el canibalismo político. Los más extremistas recurren a un arsenal de insultos de calibre ilimitado, para confrontar con sus adversarios de izquierda, ya que identifican la firmeza de ideas con la agresión verbal<sup>62</sup>.

Pero esta adicción al insulto solo refleja subdesarrollo político y carencia de argumentos. En las escaramuzas de los pequeños grupos este uso de la calumnia carece de efectos, pero ilustra al resto cómo tendería a comportarse el incontinente verbal si llegara a ocupar algún cargo en el área de educación o de seguridad. Es sabido que la agresión de palabra incentiva el atropello físico, cuándo existe algún grado de consecuencia entre lo que se dice y hace.

La incapacidad para diferenciar al enemigo (los capitalistas y la derecha) de los compañeros (otros militantes de izquierda) es parte de la ceguera estructural que afecta al sectario. Esta oscuridad le impide registrar la distancia que separa una lucha política (imponerse al adversario) de una confrontación ideológica (refutar argumentos a partir de su reconocimiento y asimilación). Esta distinción no cabe en la cultura sectaria que utiliza la supremacía verbal, para legitimar internamente a los pequeños caudillos que gobiernan a los pequeños grupos.

El sectarismo político es heredero del sectarismo religioso. Las analogías entre el dogmático y el devoto han sido frecuentemente expuestas, dado el carácter abrumador de estas similitudes. Las consignas se repiten como un ritual, la acción política adopta formas evangélicas y cada postura se justifica con alguna referencia bíblica a los textos consagrados. A medida que las polémicas se fanatizan se afianza la argumentación teológica y los razonamientos son sustituidos por sermones. Algunos líderes son santificados por los militantes que actúan como sacerdotes.

Pero el rasgo más cultivado por el dogmático en cuestión es la fidelidad a la ortodoxia<sup>63</sup>. Asume un rol de cruzado en la defensa de Trotsky contra las herejías heterodoxas de todos los traidores. En el pasado esta custodia desembocaba en nuevos cismas, ya

que la política sectaria reproduce en forma infinita la fragmentación.

Pero el sectarismo sobrevive porque incluye conductas valerosas y actitudes militantes. No hay que olvidar que el socialismo moderno se nutrió a principios del siglo XIX de pequeños grupos de comunistas, procedentes de núcleos protestantes y masónicos muy sacrificados. La postura sectaria ejerce una fuerte atracción sobre los espíritus exigentes, que aprecian la disciplina y la decisión, en un marco de absoluta hermandad.

Es ingenuo suponer que esta variedad de la acción política desaparecerá bajo el simple impacto de argumentos o refutaciones. En la medida que también expresa cierto gusto por vivir dentro del gueto y cultivar el narcisismo de las pequeñas diferencias se reproducirá sustituyendo las deserciones con nuevas adhesiones. Siempre han existido este tipo de organizaciones y seguramente subsistirán en el futuro. Pero allí no hay lugar para una batalla seria por el socialismo.

En el caso específico de los trotskistas la superación real del sectarismo exige reconocer el agotamiento de las viejas delimitaciones. Una denominación que Stalin utilizó en forma peyorativa para crucificar a sus opositores de izquierda, ya no tiene cabida en la época actual. Durante décadas este término sintetizaba una opción revolucionaria y democrática frente a las burocracias del "campo socialista". Pero los motivos que condujeron a esta diferenciación han desaparecido con el fin de la Unión Soviética.

Con esta extinción ha perdido sentido la auto-identificación como trotskista. Asumir este agotamiento no implica olvidar la extraordinaria obra de León Trotsky. Al contrario, contribuiría a reforzar la recuperación que ya se verifica de este legado en múltiples planos. La reivindicación del creador del ejército rojo por parte de Chávez constituye tan solo un ejemplo de esa reconsideración<sup>64</sup>. Por ese camino se repara una injusticia historiográfica y se enriquecen los debates sobre la estrategia socialista.

Pero esta reevaluación debe enfocarse desde el marxismo y no desde el trotskismo, porque solo el primer concepto engloba una batalla perdurable contra el capitalismo. Al igual que el leninismo, el luxemburgismo, el gramscismo o el guevarismo, el segundo término involucra tan solo una de las tradiciones que nutren al socialismo. La reconstrucción de este proyecto se alimentará de muchas influencias, en un proceso que debe actualizar legados y enterrar fantasmas.

4-10-07

## **BIBLIOGRAFIA**

- Almeyra Guillermo. "Trotsky en el siglo XXI".
- Anderson Perry. Las antinomias de Antonio Gramsci. Fontamara, Barcelona, 1981.
- Arcary Valerio. As esquinas perigosas da Historia. Situacoes revolucionarias em perspectiva marxista. Xama Editora, 2004, Sao Paulo. D
- Artous Antoine. "Democratie et emancipation sociale". Critique Communiste n 159-160, été-automne 2000, Paris.
- Barnes Jack. Su Trotsky y el nuestro, Pathfinder, New York, 2002.
- Bensaid Daniel, Crémiex, Duval Francois, Sabado Francois. "Carta de la LCR al SWP". El mundoalreves.org, 11.2.06.
- Bensaid Daniel. "Les trotskysmes". Puf, Paris, 2002.
- Bensaid Daniel. "Sur le retour de la question strategique". Critque Communiste n 181, novembre 2006.
- Bensaid, Daniel. Les discordance des temps. Les Editions de la Passion, Paris, 1995.
- Birchall Ian. "Review Books of Trotskism". Historical Materialism, vol 13, issue 4, 2005.
- Broue Pierre. "Entrevista". Estrategia Internacional n 11-12, abril-mayo 1999.
- Callinicos Alex. "Reagrupamiento, realineamiento y la izquierda revolucionaria". Corriente de Izquierda, boletín 5271, septiembre 2002.

-Campione Daniel. Antonio Gramsci. Breves apuntes sobre su vida y su pensamiento. [www.gramsci.org.ar](http://www.gramsci.org.ar), 2007

-Casas Aldo. "Crisis y lucha política en Gramsci". Herramienta 25, abril 2004.

-Chesnais Francois. "Propositions pour travail collectif de renouveau programatique". Carré Rouge n15-16, novembre 2000.

-Claudín, Fernando. La crisis del movimiento comunista, Ruedo Ibérico, 1970. (Parte I cap 3, 5)

-Davidson Neil. "How revolutionary were the bourgeois revolutions?" Historical Materialism, vol 13, Issue 3, 2005, vol 13, Issue 4, 2005. (Part I and II).

-Gruppi Luciano. El concepto de hegemonía en Gramsci (caps. I y V) Ediciones de Cultura Popular, México, 1978. [www.gramsci.org.ar](http://www.gramsci.org.ar).

-Harnecker Marta. La revolución social. Lenin y América Latina. Contrapunto, Buenos Aires, 1986. (cap 1,2,3)

-Hart Celia. "Apuntes al margen del crimen". Rebelión, 26-8-04.

-Kohan Nestor. "Rosa Luxemburgo y la reflexión marxista sobre el poder". Pensamiento y acción por el socialismo, Fisip, RIS, Clacso, Buenos Aires 2005.

-Le Blanc Paul. "Uneven and Combined Development and the Sweep of History: Focus on Europe". Paper presented at the 27th annual North America Labor History Conference, held at Wayne State University in Detroit, October 20-22, 2005.

-Lenin Vladimir. La bancarrota de la II Internacional" (1915). Obras completas Tomo XXI, Cartago, Buenos Aires, 1960

-Lenin Vladimir. La enfermedad infantil del izquierdismo" (1920). Obras completas Tomo XXI, Cartago, Buenos Aires, 1960.

-Loureiro, Isabel María. Rosa Luxemburg: os dilemas da acao revolucionaria, Fundação Editoria da UNESP, 2004

-Lowy Michael. "Trotsky". Imprecor n 449-450, jullie- september 2000.

-Lowy Michael. O marxismo na América Latina, Fudnacao Perseo Abramo, Sao Paulo 2006.

-Lowy Michel. "La teoría del desarrollo desigual y combinado". Dialéctica, n 9, octubre 1997, Buenos Aires

- Mandel Ernest. "Variables partiellement indépendantes et logique interne dans l'anayuse economique marxist clasique". Le capitalisme tardif, Nouvelle Edition, La Pasion, Paris, 1998.
- Mandel Ernest. "Anatomie d'une rupture". Quatrieme International n 19, Paris, 1985.
- Mandel Ernest. "El pensamiento de León Trotsky". Fontamara, Barcelona 1980.
- Mandel Ernest. "Trotsky. Teoría y práctica de la revolución permanente". Siglo XXI, México, 1983.
- Mandel Ernest. Long waves of capitalist development. Verso, London, 1995.
- Mandel Ernet. "Trotsky como alternativa". Xama, Sao Paulo, 1995.
- Mandel, Ernest. Cien anos de controversias en torno a la obra de Karl Marx. Siglo XXI, Madrid, 1985
- Marramao Giacomo. Lo político y las transformaciones. Cuadernos de P y P, n 95, México, 1982.
- Moreno Nahuel. Las revoluciones del siglo XX, Antídoto, Buenos Aires, 1986.
- Raijland Beatriz "Que cien años no es nada". Periferia n 11, 2do semestre de 2003.
- Robaina Roberto. "Licoes da revolucao russa de 1905". Revista da America n 2, junho 2007.
- Robaina Roberto. "O marxismo e os novos movernos latinoamericanos". Revista da America n 2, junho 2007.
- Sabado Francois. "Strategie revolutionaire. Quelques elements cles". Critique Communiste n 179, mars 2006.
- Saénz Roberto. "A un siglo del Que hacer". Socialismo o Barbarie, n 15, septiembre 2003.
- Schulman José. "A cien años de Que hacer". Periferia n 11, 2do semestre de 2003.
- Screpanti Ernesto. "Ciclos económicos largos e insurrecciones proletarias recurrentes". Zona Abierta, 34/35, enero-junio 1985.

-Shanro Alan. "La conciencia desde fuera: marxismo, Lenin y el proletariado". Herramienta n 8, primavera-verana 1998-99

-Silver Beverly. "World-scale patterns of labor capital conflict". Review, 18, 1, Winter 1995.

-Texier, Jacques. "Revolution et democratie dans la pensée politique de Marx". Cent ans de marxisme. Congres Marx Internacional, PUF, 1996, Paris.

-Trotsky León. "La curva del desarrollo capitalista", en Los ciclos económicos largos, Akal, Madrid, 1979.

-Trotsky León. "Manifiesto de la Cuarta Internacional" (1940). Escritos Tomo XI, vol 2, Pluma, Bogotá, 1977.

-Trotsky León. "Que es una situación revolucionaria" (1931). Escritos Tomo II, vol 2, Pluma, Bogotá, 1977.

Trotsky León. El programa de transición, Ed El Yunque, Buenos Aires, 1973.

-Trotsky Leon. La revolución traicionada. México City: Ediciones del Sol. 1969.

-Trotsky León. Resultados y perspectiva. Ed Cepe. Buenos Aires, 1972.

-Venturini Juan Carlos. "El mito del centralismo democrático". Alfaguara, n 17, Montevideo, mayo 1997

-Vercammen Francois. "La question du parti ou le point faible de Trotsky". Inprecor 449-450, juillet-septembre 2000.

-Vercammen Francois. "Relance, ouverture, reagroupement et repositionnement" Inprecor n 480-481, mars-avril 2003.

-VVAA. Los Cuatro Primeros Congresos de la Internacional Comunista, Ediciones Pluma, Buenos Aires, 1973.

-Wright Erik Olin. "Los puntos de la brújula". New Left Review n 41, noviembre-diciembre 2006.

## Notas I.

1 Economista, Investigador, Profesor. Miembro del EDI (Economistas de Izquierda). Su página web es: [www.lahaine.org/katz](http://www.lahaine.org/katz) Allí figuran todos los textos citados del autor.

2 Rieznik Pablo. "En defensa del catastrofismo. Miseria de la economía de izquierda". En defensa del marxismo, n 34, 19-10-06.

3 Hobsbawn Eric. Historia del siglo XX, Crítica, Buenos Aires 1998 (Introducción, cap 7).

4 "Katz repite de un modo casi literal a Eduard Bernstein,..(pero) no tiene agallas para presentar sus disquisiciones en el marco de la tradición bernsteiniana.... Haría el ridículo, (ya que) ningún sociólogo de la pseudo-izquierda se atreve en la actualidad a pretender una actualización de (esa) teoría". Rieznik En defensa

5 "El capitalismo está condenado a descomponerse... cuando tiende a convertir el desarrollo de las fuerzas productivas en fuerzas destructivas". Rieznik Pablo. "Trabajo productivo, trabajo improductivo y descomposición capitalista". **En defensa del Marxismo n 21, agosto-octubre 1998. "El viejo régimen no desaparece si no se ha transformado en un obstáculo para el desarrollo de las fuerzas productivas"**. Rieznik En defensa. Las "fuerzas productivas alcanzaron tal grado de desarrollo, que ya no pueden coexistir con el capitalismo, sin producir una catástrofe permanente". Oviedo Luís. "Socialismo o barbarie: la guerra imperialista y la crisis mundial". **En defensa del Marxismo n 30, abril 2003.**

6 Hemos expuesto nuestra visión de esa discusión en: Katz Claudio. "Ernest Mandel y la teoría de las ondas largas". Razón y Revolución n 7, verano 2001, Buenos Aires.

7 Esta visión presentó: Fougeyrollas Pierre. Ciencias sociales y marxismo (cap 15 a 18) Fondo de Cultura Económica, México, 1981.

8 A fines del siglo XX rigió "la etapa culminante de la civilización capitalista... Fue el período en que el sistema consumió... el apogeo de su misión histórica... Posteriormente se afianzó un momento histórico totalmente diferente... de catástrofes sociales y económicas e... inversión completa de la curva de los progresos de las masas". Rieznik En defensa

9 "La situación internacional (está) dominada por la crisis mundial, que es una categoría histórica específica, referida al momento en que la descomposición del capitalismo como sistema mundial adquiere la forma de crisis políticas (y) de crisis revolucionarias... que engloban un proceso único" Oviedo Luís. "El carácter de la situación mundial". **En defensa del Marxismo n 15, septiembre de 1996.** Varios ejemplos de estos impactos presenta: Rieznik Pablo. El mundo no empezó en el 4004 antes de Cristo, Biblos, Buenos Aires 2005 (Pag 66-67)

10 Hemos expuesto este problema en Katz Claudio. "Sweezy: los problemas del estancacionismo". Taller. Revista de sociedad, cultura y política, vol 5, n 15, abril 2001, Buenos Aires.

11 Hemos desarrollado este tema en Katz Claudio. "Enigmas contemporáneos de las finanzas y la moneda". Revista Ciclos, n 23, 1er semestre 2002, Buenos Aires

12 Hemos analizado los problemas de la teoría marxista de la sobreproducción en: Katz Claudio. "La teoría de la crisis en el nuevo debate Brenner". Cuadernos del Sur, año 17, n 31, abril 2001, Buenos Aires

13 "La ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia es la prueba de la tendencia al derrumbe, al colapso y a la descomposición capitalista... Es una demostración práctica del retroceso civilizatorio. de una época de crisis terminal...Este es el significado profundo de la ley". Rieznik Pablo. Las formas del trabajo y la historia. Biblos, Buenos Aires, 2003 (pag 98-99). "La base de la crisis mundial es la incapacidad del capitalismo para contrarrestar la tendencia declinante de la tasa de beneficio". Oviedo Luís. "El carácter de la situación mundial". **En defensa del Marxismo n 15, septiembre de 1996.**

14 Hemos expuesto este tema en: Katz Claudio "Una interpretación contemporánea de la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia". Herramienta n 13, invierno 2000, Buenos Aires



15 "A Katz... el catastrofismo se le ha metido por la ventana... en sus pronósticos puramente empíricos de aterrizaje fuerte (recesión)... burbuja de financiera... sobre-inversiones". Oviedo Luís. "Bienvenido al catastrofismo". Prensa Obrera, n 1009, septiembre 2007.

16 "Katz se preocupa por mensurar las crisis, como un especie de contador que estima cuánto falta para el siempre inalcanzable porvenir del socialismo. (Está)... preocupado por explicar siempre por qué el capitalismo se mantiene en pie". Rieznik En defensa

17 "El conocimiento científico como tal...vale para las ciencias duras como para la propia ciencia social... Contra lo que pretenden muchos metodólogos no revisten diferencia alguna" -Rieznik Pablo. Marxismo y sociedad, Eudeba, Buenos Aires, 2000. (pag 40). "Quién dice que en el ámbito de la sociedad y de las ciencias sociales... no puede regir las leyes exactas, perfectas y armoniosas del mundo natural es porque no sabe nada de la ciencia exacta y natural.... Como va a estar mal naturalizar la ciencia social si de carne somos, si venimos de las ratas... Afirmar que no se debe naturalizar la ciencia social... es simplemente una tontería desde el punto de vista conceptual". Rieznik Pablo. El mundo no empezó en el 4004 antes de Cristo, Biblos, Buenos Aires 2005 (Pgs 54-55). Esta visión explica también, porque condimenta su visión del derrumbe económico-social con tantas referencias a "la ciencia moderna de la catástrofe" o la "matemática de la calidad". Rieznik, Defensa

18 Analizamos este tema en. Katz Claudio. "El desafío crítico a los economistas ortodoxos". Kabái, n 10, junio 2002, Universidad Nacional de Colombia, Medellín.

19 Un ejemplo de este tipo análisis ofrece: Rieznik Pablo. "Bancarrotas económicas, disolución social y rebelión popular". Razón y Revolución n 9, otoño de 2002.

20 Estos cuestionamientos plantean: Mercadante Esteban, Noda Martín. "Entre el escepticismo y la catástrofe inminente". Lucha de clases, n 7, 2007, Buenos Aires

21 "Hemos tenido una concepción catastrofista... la idea era que el capitalismo se dirigía a una crisis sin salida por sus leyes intrínsecas. Hemos compartido esta concepción hasta el punto de caer en un criterio milenarista y esta concepción siguió vigente hasta hace poco entre nosotros...pero el tiempo ha demostrado que no existe una ley por la cual llega inexorablemente la catástrofe. Lo que existe es un dilema de socialismo o barbarie (que)... ya se anuncia con esclavitud en campos de concentración nazis. Hace veinte años en todos los países aumenta el hambre y la miseria". Moreno Nahuel. Conversaciones Antídoto, Buenos Aires 1986.

22 Ticktin Hillel. "Trotsky: el más dialéctico de los pensadores". Estrategia internacional n 16, invierno 2000, Buenos Aires.

23 Esa equidistancia teórica intenta: Albamonte Emilio, Romando Manolo. "Trotsky y Gramsci". Estrategia Internacional n 19, enero 2002.

24 En nuestro enfoque partimos de una teoría multi-causal de las crisis para distinguir las etapas de funcionamiento diferenciado del capitalismo y fases de prosperidad o depresión de largo plazo. Katz Claudio. "Capitalismo contemporáneo: etapa, fase y crisis". Ensayos de Economía, n 22, septiembre 2003, Medellín.

25 "Katz propone un socialismo sin revolución...desarrolla concepciones gradualistas... propicia un enfoque reformista (a lo Sombart) y... reflexiona como agrimensor del capital". Mercadante Noda. Entre el escepticismo

26 Rieznik En defensa

27 El catastrofista describe siempre colapsos simultáneos con imágenes variadas. Un ejemplo entre tantos: "La guerra contra Irak tiene lugar en un marco de crisis histórica de la dominación social del capitalismo...crisis financieras... bancarrotas capitalistas (y)... quiebra de regímenes políticos. Oviedo Luís. Socialismo o barbarie: la guerra imperialista y la crisis mundial. **En defensa del Marxismo n 30, abril 2003**

28 "Esas reivindicaciones no están determinadas, como ocurre con Katz, por la posibilidad del capital, sino por las necesidades de las masas. La catástrofe del capital no cancela la lucha reivindicativa, sino que la potencia y en última instancia la convierte en revolucionaria". Rieznik En defensa

29 "El Programa de Transición....Este es el camino de la historia, el de la catástrofe a la revolución, el camino inverso es el de Katz y sus amigos". Rieznik En defensa

30 "Katz naturalmente miente... en el texto en cuestión". Katz Claudio. "Pasado y presente del reformismo". Herramienta n 32, Buenos Aires, junio 2006.

## Notas II

31 Un colega de Rieznik y Oviedo estima que con su visión del ALBA, "Katz convierte una tarea de la revolución social (en una acción) de la diplomacia... a la que se puede llegar conversando...Convierte a la emancipación nacional y social en un problema de acuerdos de orden comercial y financiero....En su libro prolifera la especulación y...una expresión de deseos". Labastida Pedro. "Divagaciones sobre el ALBA". Prensa Obrera n 980, 8-2-07.

32 Exponemos nuestra opinión sobre las tensiones del ALBA: en Katz Claudio. El rediseño de América Latina, Alca, Mercosur y Alba. Ediciones Luxemburg, Buenos Aires, 2006

33 Esta actitud "explica la conducta de Lenin...en octubre de 1917... (cuando) los mencheviques aconsejaban dejar pasar el momento para cuando el capitalismo volviera a ponerse en pie". Rieznik En defensa

34 Una síntesis de esta visión retoma: Rousset Pierre. "Sur la strategie et la democratie". Inprecor 511-12. novembre-décembre 2005.

35 Rieznik Pablo. Las formas del trabajo y la historia. Biblio., Buenos Aires, 2003 (Pag. 122-125).

36 Esta tesis plantea Oviedo Luís. " **La cuestión del programa**". **En defensa del Marxismo n 16, marzo 1997.**

37 Las tesis dogmáticas de la excepcionalidad, el contragolpe y la presión por abajo son postuladas por los críticos moderados de catastrofismo. Mercadante, Noda. "Entre el escepticismo"

38Por ejemplo: Rieznik Pablo. "Crítica a los Economistas de Izquierda. Una variante del Plan Fénix". Prensa Obrera, 763, 18-7-02, Buenos Aires.

39 Esta asunción como representante de la clase obrera puede observarse por ejemplo en: Oviedo Luís. " **La cuestión del programa**". **En defensa del Marxismo n 16, marzo 1997.** Oviedo Luís. **Respuesta a Chris Edwards. En defensa del Marxismo n 16, marzo 1997.**

40 En la discusión sobre la revolución china de 1927, Trotsky subrayó primero el rol de la clase dirigente, pero, pero luego no adoptó ningún criterio a priori y privilegió una combinación que jerarquizaba el perfil internacional de este proceso. En cambio Preobrazensky recordó que 1789 fue una revolución burguesa, a pesar del papel activo jugado por la pequeño-burguesía. Trotsky, León. "Correspondencia con Preobrazhenski". Teoría y práctica de la revolución permanente. Siglo XXI, México, 1983. Preobrazhenski Eugeni. "Correspondencia con Trotsky". Teoría y práctica de la revolución permanente. Siglo XXI, México, 1983.

41 Esta presentación de la dictadura del proletariado como divisoria de aguas en la izquierda expone: Oviedo Luís. " **La cuestión del programa**". **En defensa del Marxismo n 16, marzo 1997.**

42 Las dos opciones en: Rieznik Pablo. "La dictadura del proletariado y la prehistoria bárbara de la humanidad". Prensa Obrera n 830, 18 de diciembre de 2003. Rieznik Pablo. "La dictadura del proletariado como acto de cordura (y una referencia al amor)". **En defensa del Marxismo n 20, mayo 1998.**

43 "La receta de Katz tiene un lado si se quiere simpático cuando su democracia, que se le ocurre socialista, adquiere la forma de un producto de cotillón... como esos disfraces que se componen... con fantasías y oropeles a elección del consumidor". Rieznik En defensa

44 "Dónde hay democracia no puede haber socialismo y donde hay socialismo ya no existe la democracia". Oviedo Luís. " **La cuestión del programa**". **En defensa del Marxismo n 16, marzo 1997.**

45 Rieznik Pablo: "La FUBA es la democracia, Página 12, 24-11-06.

46 Katz Claudio. "La democracia socialista del siglo XXI". (próxima aparición en revista Ruth). Katz Claudio El porvenir del socialismo. Ed. Herramienta e Imago Mundi, Buenos Aires, 2004 (cap 5).

47 "La revolución democrática es la caracterización menchevique... El ascenso democrata es la contrarrevolución". Oviedo Luís. El triunfo popular es la máscara de la contrarrevolución. **En defensa del Marxismo n 32, diciembre 2003**

48 "Si el **gobierno obrero y campesino no es sinónimo de dictadura del proletariado... es equivalente a gobierno burgués**". Oviedo Luís. " **La cuestión del programa**". **En defensa del Marxismo n 16, marzo 1997.**

49 Algunos ejemplos. "A fines del 2005, la Cumbre de presidentes latinoamericanos en Mar del Plata demostró las tendencias revolucionarias que se agitan en la región, la crisis de un conjunto de regímenes políticos... la crisis del régimen norteamericano... Solo hubo chisporroteos verbales y nada cambio...(Se corroboró nuevamente)...las limitaciones insalvables del nacionalismo burgués". Oviedo Luís. "Mar del Plata. Crisis Cumbre" El Obrero Internacionalista, Diciembre 2005. Otra descripción equivalente de "agudización de la lucha de clases", "crisis políticas de fondo" y "febril intervención del imperialismo" aparece en: Oviedo Luís. América Latina: cuadro de situación. En Defensa del Marxismo, n 28, Buenos Aires, octubre de 2000.

50 Un ejemplo de esta visión para el caso boliviano expone: Oviedo Luís. El triunfo popular es la máscara de la contrarrevolución. **En defensa del Marxismo n 32, diciembre 2003**

51 -Oviedo Luís. "Bienvenido al catastrofismo". Prensa Obrera n 1009, septiembre 2007.

52 Oviedo. Bienvenido

53 El "libro reciente de Claudio Katz está destinado a celebrar las iniciativas del gobierno de Venezuela". Labastida. Divagaciones

54 "El catastrofismo de Marx se despliega a partir de la conciencia sobre la inminencia de la revolución (con esta concepción plantea que)... nuestros intereses y tareas consisten en hacer la revolución permanente". Rieznik En defensa

55 Esta visión aparece por ejemplo en: Rieznik Pablo. Las formas del trabajo y la historia. Biblio., Buenos Aires, 2003 (pgs 148).

56 Hemos ilustrado varios aspectos de este cambio en: Katz Claudio. "Las nuevas turbulencias de la economía latinoamericana". Socialismo o Barbarie n 12, Julio 2002, Buenos Aires.

57 Trotsky evitó al principio convertir sus tesis sobre Rusia en un patrón para toda la periferia y decidió esta generalización a partir de la revolución China (1927). Luego de confirmar el pasaje de la burguesía a la reacción y el rol potencialmente dirigente de la clase obrera, expuso su concepción en polémica con la teoría de las etapas de Stalin. Pero a veces postuló que su enfoque también superaba la estrategia general de Lenin. En este punto chocó con sus propios aliados de la oposición de izquierda, que resaltaron el acierto del líder bolchevique para permitir el triunfo soviético.

58 Este despiste incluye la denigración del resto de la izquierda y hasta la anticipada proclamación como futuro partido único. Esta postura asumen: Rieznik Pablo. "Propiedad, poder y economía. Primer balance de una polémica". Prensa Obrera, 783, 5-12-02, Buenos Aires. Rieznik Pablo. "El gobierno capitalista de Lula. La etapa superior del PT. **En defensa del Marxismo n 30, abril 2003.** Oviedo Luís. " **La cuestión del programa". En defensa del Marxismo n 16, marzo 1997.**

59 Esta centralidad del pronóstico es exaltada por: Rieznik Pablo. Marxismo y sociedad, Eudeba, Buenos Aires, 2000.(pag 38)

60 Un experto fiscal de esta actividad es: Oviedo Luís. La posición contrarrevolucionaria de Socialist Appeal . En defensa del Marxismo n 32, diciembre 2003. Oviedo Luís. " **La cuestión del programa". En defensa del Marxismo n 16, marzo 1997.**

61 -Moreno Nahuel. Conversaciones Antídoto, Buenos Aires 1986.

62 Un ejemplo: "Katz "no lee los diarios, ni mira los noticieros...no domina la economía, ni tiene cualidades como economista...Utiliza un tono pretendidamente académico para desarrollar una producción copiosa e insustancial, destinada a cuidar su propio jardín... Desarrolla una literatura pasatista y sin rigor con...especulaciones vanas, vacías de contenido e informaciones, que reúnen libros y artículos sin ton ni son...Es un trotamundos económico de cualquiera que lo busque... Actúa como seguidista de los hechos consumados... en forma irresponsable... Está guiado por una desmoralización política irreversible... y se asemeja a un pastor socialista... Pregona un socialismo fashion... luego de hacer un ajuste de cuentas con el marxismo... ya que forma parte de la clase media intelectual, cebada en el dominio de una teoría vacilante". Rieznik En defensa. Más observaciones del mismo tono pueden consultarse en Rieznik Pablo. "Propiedad, poder y economía. Primer balance de una polémica". Prensa Obrera, 783, 5-12-02, Buenos Aires. Rieznik Pablo. "Nuestra crítica es ciertamente nociva". Prensa Obrera, 769, 29-08-02, Buenos Aires.

63 "La ortodoxia debe interpretarse como fidelidad conciente a los principios, signo de pertenencia a una causa que concierne a lo mejor del ser humano". Rieznik Pablo. Marxismo y sociedad (pag 13), Eudeba, Buenos Aires, 2000.

64 Chávez reivindicó varias veces al creador del Ejército Rojo y subrayó especialmente la importancia estratégica actual del Programa de Transición. Aporrea, "Chávez invita a estudiar a Trotsky". [www.aporrea.org/ideología/n\\_93859.html](http://www.aporrea.org/ideología/n_93859.html)